

# AHORROS
# QUE CUESTAN CAROS

ON Nicanor Tragaobleas era andaluz de nacimiento, pero tenía cosas de chino de pura raza.

Yo creí que la tacañería era únicamente propia de astures y gallegos.

Pero estaba en un error, como lo están todos los que no han conocido más gente de Galicia que los aguadores de la plaza de Pontejos.

Donde hay campanas, hay de todo.

Por eso hay gallegos muy rumbosos.

Y andaluces muy tacaños.

Ahí tenían ustedes á D. Nicanor, como testigo de mayor excepción.

Era una hormiguita en toda la extensión de la palabra.

Quisiera haberle conocido en los comienzos de su vida burocrática, para estudiar prácticamente el sistema de esos admirables varones, que hacen sus ahorritos desde que tienen la fortuna de cobrar el haber anual de cuatro mil reales sencillos con descuento.

Y cuidado que se necesitan dotes excepcionales y romanas virtudes, para hacer tales milagros en los difíciles tiempos que corremos.

D. Nicanor poseía esas dotes á las mil maravillas.

Yo creo que, así como la gula es el vicio

de los glotones, la abstinencia perpetua es el vicio de los miserables.

No de otro modo se explica que vayan por ahí tantos suicidas con premeditación y ensañamiento, que se complacen en privar al estómago del derecho de digestión, en armonía con los recursos del interesado.

En D. Nicanor era el ahorro una monomanía, más bien que una verdadera necesidad. Un hombre viejo y solterón, sin herederos forzosos, y en aptitud de ser jubilado en buenas condiciones, necesita estar muy dominado por la avaricia, para cometer tales desafueros consigo mismo.

Fué á Filipinas con el propósito de ahorrar, que siempre es un laudable propósito.

Cuando llegó estaba bien nutrido. Se conoce que en el barco se despachaba á su gusto. Allí no había que pensar en la compra para el día siguiente.

Instalado en una casita que tenía las dimensiones de una pajarera, pasó los sudores de la muerte cuando tuvo que gastar

algo de sus ahorros en el mobiliario. No encontraba D. Nicanor en aquellas espléndidas provincias, estas famosas casas de huéspedes madrileñas, de seis reales con principio y postre, donde más de una vez había contratado con la patrona la supresión de algún plato, mediante la rebaja consiguiente.

Para asesorarse D. Nicanor de lo que debía comprar como indispensable, entabló con un filipón de su cuerda la siguiente consulta:

—Diga usted, amigo López; ¿qué necesito para instalarme en este pueblo?...

—¿Trae usted muebles?

—No, señor.

—Pues, ante todo, una cama, cuatro sillas, un lavabo, chismes de cocina, seis platos, seis...

—Pero, hombre, ¿cree usted que voy á tener tantos convidados?

—Pues cuatro platos, seis toallas...

—Ya traigo yo una rusa.

—Bien; pero cuando se ensucie habrá que darla á lavar.

—Compraré otra. ¿Para qué tanto lujo?

Con estos preliminares, y bajo tales auspicios, abordó nuestro hombre su difícil problema.

Á los pocos días se había equipado don Nicanor, alquilando una cama, una mesa de comedor y cuatro sillas, amén de unas cuantas frioleras que había comprado en las tiendas de los chinos.

Cuando íbamos á visitarle más de tres amigos, siempre le tocaba á uno sentarse sobre el destartalado baúl de D. Nicanor.

No hay para qué decir cómo andaría de indumentaria. Los trajes comprados en el Rastro el año cincuenta y siete, aun le sirvieron para hacer toda la campaña ultramarina.

Tan pulcro era D. Nicanor.

No frecuentaba la sociedad. A lo sumo, iba á comer á casa de un amigo.

Fumaba cuando repicaban gordo y le sorprendía algún agradecido con una cajita de cigarros.

Los jamones tísicos de China, las castañas y otros comestibles que los *celestes*

regalan por Pascuas de Navidad, se hacían eternos en la despensa de D. Nicanor.

Era comedido en huesos y escrupuloso en piltrafas, como el célebre personaje de D. Benito. Daba, al *batilla* que le servía de cocinero, una docena de garbanzos para el cocido, y ponía el jamón en dosis homeopática. ¡Si estaría sabroso el puchero de D. Nicanor!...

Los días de fiesta permitía su frugalidad un extraordinario: comía pollo y huevos fritos, que es comida barata en aquel país.

Entregaba una pesetilla para la compra, y llevaba la cuenta de sus gastos en un cuaderno hecho con papel de la oficina.

Tenía la sabia costumbre de no cenar, por temor á una indigestión. Decía que la cena era perjudicial en un país donde apenas se hace ejercicio. Un vasito de cerveza, (regalada, por supuesto) era lo bastante para entretener la actividad de las funciones digestivas. Así se levantaba D. Nicanor con el estómago limpio, y no tenía que gastar un céntimo en purgas y laxantes.

Pero este precepto de su higiene parti-

cular no rezaba los días en que D. Nicanor estaba convidado.

Entonces era un Heliogábalo.

Valía más hacerle un traje diario que darle de comer.

Su estómago tenía espera; mas cuando le llegaba el turno, devoraba que era un encanto.

Los días en que se celebraba la fiesta onomástica de un amigo ó se daba un *catapusang,* eran días de gloria para D. Nicanor, porque, además de que ahorraba su pesetilla, sacaba la tripa de mal año.

Así fué tirando su temporadita, hasta que al infeliz le vino la contraria.

Entusiasmado con sus miserables economías, no se cuidaba de que los *traspasos de hambre* son funestos en los países cálidos.

Al pobre le atacó una disentería que se lo llevaba Pateta.

Y, como era natural, quedóse anémico, viniendo á agravar sus dolencias las cuentas de médico y botica, que aumentaban la disentería de una manera espantosa.

---

D. Nicanor, viéndole las orejas al lobo, pidió anticipo de cesantía.

El infeliz embarcóse tan delicado, que, temiendo no llegar con bien al término de su viaje, interrogó al médico de este modo:

—¿Cree usted que me pasará algo en el camino?

—No, hombre: vaya usted tranquilo. Lo único que puede ocurrirle es que, al embarcarse, tenga una indigestión de todos los demonios.

—¿Por qué, señor doctor?...

—Porque lleva usted el estómago perdido, y va usted á comer como un desesperado.

Tenía razón el médico.

D. Nicanor sufrió un cólico que dió al traste con sus huesos, quedando las pesetillas no gastadas en los míseros garbanzos, á merced de uno de esos jóvenes afortunados á quienes sale un tío en Indias, cuando menos lo esperaban.

# EL MEDIQUILLO



# EL MEDIQUILLO

El ejercicio de la medicina, ese augusto sacerdocio inspirado en el amor á la humanidad doliente; esa vasta ciencia experimental que, como nacida del instinto de conservación, innato en el individuo, surgió de la inteligencia rudimentaria de las primeras edades, anda todavía por aquel país entregada á las inexpertas manos del tradicional *mediquillo*.

La desdichada tierra filipina, más que

ninguna otra fecunda en calamidades, tiene también la de ese verdugo inconsciente, á quien la ignorancia y la superstición de aquellos pobres indios, convierten en terrible azote de míseros enfermos.

*El Tío Nadie,* seudónimo del antiguo filipinólogo que tan de mano maestra pintó el tipo clásico del curandero indígena, da la siguiente curiosa y exacta definición del personaje á que me refiero: «El mediquillo es un ente del género indio, nacido para hacer morir á muchos y para bien y provecho de sí solo.»

En los primitivos tiempos los había ya de tres clases: por estudio, por inspiración y por herencia. El *estudio* de estos galenos de generación espontánea, no se cursaba en Academias y Universidades: se adquiría en esos libros vivientes de la humanidad de la selva. La *inspiración* surgía por la virtud exclusiva del lucro y de la impunidad. La *herencia* tenía por sólida base el rancio abolengo científico del que, gracias á su maestría en sobas y estrujamientos, había salvado de una muerte desastrosa á

cuatro infelices que llevaban en el cuerpo un *demonio hembra*, ahuyentado por las artes mágicas del famoso embaucador.

De entonces acá, el tipo, en sus diferentes raleas, ha variado muy poco: aun prevalece en nuestros días, para dicha y contento de los venturosos pueblos filipinos, ese *apóstol* de la ciencia apócrifa, á pesar de haber hecho su entrada triunfal en el país los médicos *castilas*, mensajeros de la buena nueva en el arte de curar males del cuerpo y crónicas dolencias del alma. El indio, aferrado á sus tradiciones, se adapta mejor á las salvajes torturas del mediquillo que á los acreditados remedios de la farmacopea moderna. Nuestras leyes, inspiradas en usos y costumbres indígenas, aceptan como útiles á la humanidad los servicios de ese peligroso instrumento de crímenes y de imprudencias temerarias. La fe ciega de aquellas gentes incultas sanciona esa tolerancia, pagando al mediquillo su tributo de sangre y de dinero.

El tipo que presento á la curiosidad del lector, es, por lo general, un indio sin más

instrucción, que la adquirida en sus conversaciones con cuatro comadres supersticiosas, muy versadas en el manejo de hierbajos medicinales, en los que abundan tósigos y abortivos, y de los que usan con censurable frecuencia en el tratamiento de los casos patológicos sometidos á su contrastada experiencia y honda sabiduría.

Rara vez acude el indio á la verdadera ciencia para curar sus enfermedades: ante todo, agota el repertorio casero; si el mal hace progresos, acuerdan deudos y amigos del paciente recurrir al mediquillo, que entra en la casa con aires de superioridad y como si, con su sola presencia, hiciera sentir al enfermo un inmediato alivio. La atribulada familia observa con creciente interés los gestos del matasanos, mientras éste acosa á la víctima con preguntas que le ayuden á formar un acertado diagnóstico. Si al enfermo le duele *aquel su barriga*, el mediquillo comienza por estrujarle la parte dolorida para que salga cuanto antes el *demonio macho* ó el

*demonio hembra* que ocasiona tan grandes estragos: si el mal no cede, el curandero toma el pulso al paciente, le tienta la cabeza y acaba por amarrarle un *mecate* á los pies y por tirar con fuerza para aventar al enemigo rebelde; el torturado mortal siente entonces momentáneo alivio en el vientre, porque el dolor que se le produce con tan fuertes tirones, es más agudo que el que, poco antes, motivaba sus crueles angustias; pero la causa determinante del mal no tarda en reproducir sus naturales efectos. Entonces se repiten las torturas; el curandero procura recoger al vuelo el comentario y la historieta de cualquiera bruja de la vecindad que, en casos idénticos, aplicó con excelentes resultados tal ó cual remedio casero, y después de tranquilizar á la familia, asegurando que la dolencia es cosa leve, masca un sabroso *buyo,* fuma tranquilamente su cigarro, medita un momento y pide pluma y papel: hay que encomendarse á Dios cuando alguno de aquellos discípulos de Hipócrates se dispone á recetar.

Hé aquí dos de estos récipes que he visto publicados como auténticos:

R = Ay chete, decas tilya como dos onzas = Ludano que-tien opioo para dormir. s. á. q.
Por dale en aquel su cabezá.

---

Otra = ✝ Por lavativas con sale, de higuerras catarto = y pone agua tibio en un taza poniendo miel de panilan que dice obejas y un punta de tabaco quemado. = Pide con el Among. — Y Echale tres. — » —

---

Comprometido había de verse el más experto pucherólogo para preparar á conciencia tan complicada mixtura; pero allí todo eso es cosa corriente: se hace á ojo de buen cubero y se administra de golpe para que el efecto sea más rápido. Si á la comadre encargada del menjurge se le va la mano en el *ludano que tiene opioo,* hay que avisar al cura á todo escape: el demonio macho acaba con la víctima, se le da cristiana sepultura y... hasta otra.

Estas hazañas son bastante frecuentes, pero rara vez llegan á conocimiento de las autoridades. Así y todo, sería curioso averiguar los casos de envenenamiento de esta

índole en que han tenido que intervenir los tribunales de justicia.

Y no se crea que el mediquillo aprecia sus honorarios en cantidades tan exiguas que le conviertan en monopolizador de la asistencia á las clases menesterosas: se hace pagar como cualquier facultativo *castila*, y cuando tropieza con familia pudiente, se descuelga con notas como la que copio de un curioso artículo publicado en el número XV de la ILUSTRACIÓN FILIPINA correspondiente al 1.° de Octubre de 1859. Dice así:

*Cuenta del curar á D. N. N. hasta que muere.*

| | |
|---|---|
| 1.° Por el corteza santo y los polvos quedió primero........ | 2 pesos. |
| Por el cataplasma, siete berinjenas conaquel otra gradiente... son todo.................... | 5 pesos 2 rialis. |
| 4.=Lo mismo: dia que desmaya de aquel bebida del bote y puso bueno................ | 8 pesos 4 cuartas. |
| Para la ceite de S. Ignacio: no tuvo el Padre)..... ......... | 2 pesos. |
| 8. El cremol y manesia junto por aquel polvo que puse mio. | 13 pesos. |
| Queson en junto...... | 30 pesos 2 rial[s] 4 cuartas. |

Cajes mios de los nueve dias con tres mucho trabajo y no duerme bueno á 3 peso — por todo esto ........................ 36 pesos.

Queson por todo......, 66 pesos 2 rialis 4 cuartas.

(Hay una firma.)

Este lenguaje *sui géneris* de los mediquillos indígenas, ha dado ocasión á infinitos documentos graciosos. Cuando se les obliga á certificar la dolencia que impide al gobernadorcillo comparecer ante la autoridad gubernativa ó judicial, suelen incurrir en los mayores dislates. Recuerdo uno de estos casos en que un mediquillo expidió documento de oficio, haciendo constar, de una manera solemne, que el pedáneo no podía moverse del pueblo *«por tener una pistola en el colo»*.

Fácil será al lector que tenga idea de la pronunciación castellana del indio filipino, venir en cabal conocimiento de la dolencia que aquejaba al infortunado cliente del *facultativo* que autorizó documento tan precioso.

¡Líbrete Dios, lector querido, de caer en manos de semejantes fariseos!...

# LOS CHICOS

# DE LA PRENSA






# LOS CHICOS DE LA PRENSA

(Á MI BUEN AMIGO W. E. RETANA)

CASI todos ellos tienen idéntico ó parecido origen: fueron á Filipinas con sendas credenciales, se enamoraron, les dieron calabazas, vengáronse de la ingrata escribiendo un soneto, lo enviaron á un periódico, y... ¡ahí tienen ustedes el comienzo feliz de su historia literaria!...

Ya envalentonados con el éxito de su primera tentativa, suelen atreverse con un articulejo en que nos cuentan las peripe-

cias de un viaje en «carromata» ó las desventuras de un amor contrariado.

El periódico agraciado con tan espontánea colaboración, se apresura á dar á conocer los trabajos del neófito; éste sigue matando el tiempo en emborronar cuartillas, y al ver que sus extravagancias son recibidas con gratitud, acaba por hacerse visible en la Redacción. Él no aspira á ganar sueldo, ni le sería lícito tener semejantes pretensiones. Pero si en la casa hace falta carne de cañón, el chico puede contar, desde luego, con una cariñosa acogida.

—¡Cuánto nos hemos reído con las ocurrencias de usted!—le dice con cierta socarronería el redactor propietario.

—Es usted demasiado bondadoso. Eso no vale la pena: son cosillas que salen así al volar de la pluma...

—Pues no es lisonja lo que digo: usted es un escritor de porvenir. Luego hay en usted facilidad, ingenio y afición... ¡Ah! sobre todo, afición. ¿Por qué no se da usted una vueltecita por aquí todas las tardes?

—Con mucho gusto; precisamente no era otro mi deseo.

Al fin, el pobre muchacho cae en la tentación, y comienza á hacer méritos escribiendo gacetillas, corrigiendo pruebas, buscando noticias y haciendo propaganda en sus tertulias del Casino... todo ¡por amor al arte!...

Y á cambio de alguna butaca para el teatro ó alguna entradita para el Hipódromo.

---

Aquella raza de grafómanos de que nos hablaba *Clarín* en uno de sus chispeantes artículos, tiene en Filipinas gran número de curiosos ejemplares.

La monomanía de escribir para el público, allí donde la prensa periódica está al alcance de todo el mundo, es una de las primeras y más peligrosas manifestaciones de la chifladura; enfermedad que, en opinión de expertos doctores, es peculiarísima del Archipiélago magallánico.

Así como cuando el diablo no tiene nada

que hacer con el rabo mata moscas, nuestra dorada juventud, esa que el Gobierno envía á Filipinas para hacer la felicidad de los indios, suele emplear sus ocios deleitando al pueblo soberano con las primicias de su ingenio.

Cualquier mocosuelo vivaracho que se dé buenas trazas para escribir una mala seguidilla ó para decirle cuatro desvergüenzas á cualquier ciudadano inofensivo, tiene allí su carrera hecha y su porvenir asegurado: la popularidad del que escribe no está en razón directa del ingenio que demuestre, sino de la desfachatez con que se burle y llene de improperios á los demás.

Para los que ya conocemos la vida interna de aquellas redacciones, no es cosa que deba llamarnos la atención el personalismo enconado de ciertos aprovechados jóvenes que, á falta de asuntos de mayor interés, dan en la flor de mortificar á todo bicho viviente.

Así crían fama de batalladores y de ingeniosos; así cuentan con un público especial que les ríe de buen grado las bufona-

das, aquellos literatuelos incipientes, entre los que no falta quien, en su afán de notoriedad prematura, ha tenido el atrevimiento de publicar, como suyo, un artículo de Taboada.

Los chicos de la prensa filipina no pueden, por lo visto, sustraerse á la influencia del medio en que viven; por eso hay que permitirles algún desahogo. Si los caracteres de suyo levantiscos, que allí, en aquel hervidero de pasiones, se hacen insoportables, no tuvieran el periódico como válvula de seguridad para aligerarse de vapor, de secreciones biliosas y de rencorcillos taciturnos, acabarían por estallar...

Esto aparte de que los temperamentos atrabiliarios, cuando demuestran alguna gracia en el decir y cierto desenfado al atacar, son los que realmente sostienen el interés y las suscripciones de los periódicos.

En un país donde es materia vedada la política; donde no cabe el *recurso* de hablar mal de la Religión y de sus ministros; donde no puede nombrarse á los funciona-

rios como no sea para darles bombo; donde apenas hay teatro y donde es cosa rara la publicación de un libro, ¿qué pueden hacer los que viven en lucha eterna con un censor implacable, con la falta de noticias y con la torpe esterilidad del cerebro?

Lo que habrá visto quien haya tenido la suerte ó la desgracia de tropezar con uno de aquellos periódicos: unos cuantos artículos copiados de la prensa madrileña; dos docenas de gacetillas insulsas; algún que otro golpe de incensario á los personajes de la burocracia militante, y, como final, un comunicado, una carta de provincia ó las cuatro bromitas de colegial desenvuelto con que hacen el resumen de las impresiones del día los aprovechados discípulos del salerosísimo Taboada y del inagotable Eduardo de Palacio.

En honor de la verdad, la tarea del periodista en Filipinas es más ingrata que en la Península; aquí la prensa fiscaliza, juzga, difunde ideas, predica doctrinas y encauza la opinión; allí es eco imparcial, no de lo que se dice, sino de lo que le dejan

decir; goza de una libertad completa para el elogio de las autoridades, y no puede tratar asuntos religiosos, como no se limiten al panegírico del santo del día, ni tampoco de asuntos políticos, como no sea para decir que el Gobierno que nos rige es el mejor de los gobiernos imaginables...

Así se explica que todos los funcionarios, sin excepción, resulten ejemplos vivos de honradez, de inteligencia y de rectitud. Pero estas ventajas únicamente pueden ser explotadas por los santones de la burocracia mientras permanecen allí, encastillados en la inviolabilidad de sus interesantes personitas. Cuando cesan y se embarcan, ya es otra cosa: entonces es cuando los chicos de la prensa les dedican, contando con la benevolencia del censor, algún picotazo ó alguna reticencia, cuando no una feroz arremetida que les deja que no hay por dónde cogerles.

En cierto modo, también los particulares pueden vivir, sin grandes esfuerzos, á cubierto de semejantes contingencias. Basta con ser suscriptor ó anunciante para que

el periódico cuide de la seguridad de la persona con el esmero con que cuida de una planta un floricultor holandés.

Así, cuando un industrial estafa al público y algún *reporter* oficioso trata de llevarlo á la picota, suele verse atajado por el director ó por el que explota el negocio, con esta pregunta:

—¿Ha visto usted si Rodríguez es de los que dan anuncios al periódico?...

—No; pero de todos modos eso no sería obstáculo para que se librara del recorrido que le preparo—contesta el *reporter*.

—Pero, hombre, ¿cuándo acabará usted de *aclimatarse?*

Ante razón de tal calibre, el chico transige con no *meterse* con Rodríguez, que es suscriptor ó anunciante. En la balanza de la acomodaticia equidad de aquellos señores, pesa mucho más el mísero ochavo de la suscripción que el interés supremo del país.

Pero, ¡guay de Rodríguez si no figura como contribuyente en las listas de la administración! Entonces se fulminan contra

el infeliz rayos de olímpica indignación y se le lleva á la picota sin piedad.

Este es el secreto de la indiferencia y de la prevención con que aquí se mira á la prensa filipina. Ha tenido por eminencias incorruptibles á tanto Rabagás de ocasión, y nos ha presentado como redentores á tantos polichinelas de la política, que ha perdido en autoridad lo que haya podido ganar en suscripciones.

Y váyase lo uno por lo otro.

Estas circunstancias determinan allí, fatal y lógicamente, el fracaso de los periodistas peninsulares, que carecen de esa paciente domesticidad, tan necesaria para soportar las miserias de la *aclimatación*. Hé ahí el porqué de la monotonía, á veces insoportable, de aquellos periódicos que salen del paso con el auxilio de unos cuantos jóvenes serviciales, que se dejan exprimir la mollera, si la tienen, á cambio de la inocente vanidad de llamarse escritores, de tener localidades gratis para los espectáculos públicos, de brindar protección á cuatro cómicos de la legua y de ser admi-

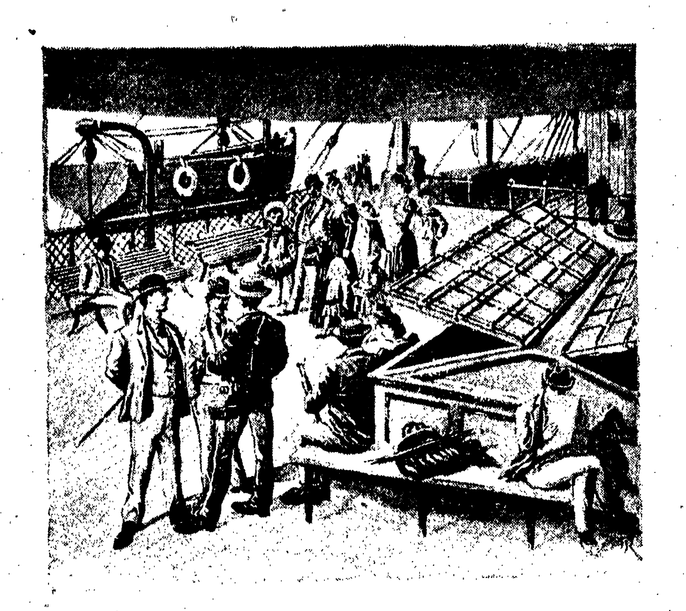
tidos en los salones más ó menos ridículos.

Y así son felices.

¡Bienaventurados los cándidos, porque de ellos será el reino de los cielos!...



# LOS QUE VIENEN



# LOS QUE VIENEN

**(DIÁLOGOS SOBRE CUBIERTA)**

L amigo lector me perdonará la indiscreción que cometo al revelar mis conversaciones íntimas.

Por mi parte, debo confesar que lo hago á impulsos de la mejor intención. Esto tranquiliza mi conciencia y es motivo suficiente para cohonestar mi atrevimiento.

Tenía que despedir á mi buen amigo Pepe Alcaraz, que regresaba á la madre patria, y quise darle el último apretón de manos sobre la cubierta del vapor.

Allí fué donde me vino en mente la idea de que mis curiosidades podrían servirme de asunto para un artículo.

Y no de primera necesidad.

Como verá el curioso que se atreva á seguir leyendo.

---

Jamás nos encontrábamos Alcaraz y yo, sin que la emprendiéramos con la literatura. Habíamos trabajado juntos en la redacción de un periódico, y aun conservábamos un candoroso entusiasmo por las letras, á pesar de los frecuentes disgustos á que se presta el oficio en aquel país de los eternos «niños grandes».

Esta circunstancia, la cariñosa amistad que nos une y de la que habíamos hecho un verdadero culto, y la coincidencia de nuestras opiniones en muchos puntos fundamentales, daba á nuestras entrevistas

esa intimidad en que se comunican sin rebozo todas las amarguras de la vida.

Hablándome de su regreso á la Península, me decia:

—Chico, me marcho, porque el país se me viene encima. Estoy enfermo y necesito unos cuantos meses de reposo en aquel amado hogar que abandoné hace siete años. No sé si dejo algún enemigo taciturno en ese horno de pasiones.

—¿Quién no tiene enemigos?—le dije.

—Yo no debiera tenerlos, porque no he causado mal á nadie.

—Pero, ¿y los envidiosos maldicientes?...

—Esa es una raza inferior de la que no debe hacerse caso.

—¡Mira que no hay enemigo pequeño!...

—Lo sé; pero los desprecio. Tú procura ser hipócrita y vivirás bien. El trato de gentes por estas latitudes es una ciencia experimental mucho más peliaguda que la patología interna.

—Filósofo estás, querido Pepe.

—Es lo único que me llevo de este país: un caudal de tristes experiencias. ¡Siete

años de incesante labor intelectual, han casi agotado las energías de mi juventud!... Ya sabes cómo se remunera aquí nuestro trabajo, y no te sorprenderá lo que voy á decirte. ¡Me marcho sin una peseta!... Pero tengo una satisfacción entre tantas amarguras: ¡que no debo un cuarto á nadie!

—Eso es digno de ti. Lo que no me parece bien es que te preocupen tales pequeñeces. ¿Qué te importa el dinero, cuando guardas en la maleta un millar de cuartillas que valen un tesoro?...

—Gracias por la lisonja. Pero tú sabes, como yo, que aun allá es preciso el dinero para ser buen literato. En España, la literatura está vinculada en unos cuantos seres privilegiados, y aun ésos, apenas pueden vivir de lo que escriben. Sin elementos para luchar, es difícil abrirse paso...

—¡Vaya, vaya! No seas pesimista. Con eso de que has dado en la manía de creerte víctima de un determinismo desolador, eres una verdadera calamidad. Todo lo encuentras imposible. Un hombre de tu talento no se para en escrúpulos de monja.

Vé á Madrid, trabaja con ahinco y ten fé en el porvenir. Ya verás cómo, al fin, parodiàs á César. El triunfo es indudable...

Así dije entonces á mi amigo, fingiendo que no participaba de sus opiniones.

No sé si conocería que mis palabras quisieron únicamente apartarle de tan tristes presentimientos.

De sobra sabe Alcaraz que pienso como él.

Es muy ingrata la tarea del periodismo.

No pensaba lo mismo de la empleomanía el chico de las de Gutiérrez, que vino á interrumpir nuestro diálogo.

—Conque, por fin, ¿se embarca usted?—pregunté á Gutiérrez.

—Sí; pero es fácil que vuelva pronto. Voy á ver si pesco un buen destino, ahora que mandan los míos.

—Pues el cargo que usted tenía no era del todo malo.

—Pchs... Ya usted ve: en cuatro años diez mil pesos, no es gran cosa.

—¡Caracoles!... ¡Y aun se queja este hombre!...

Alcaraz y yo nos miramos con asombro.

Esa suma no existirá para nosotros más que en la imaginación.

—Pero, amigo Gutiérrez, ¿qué negociado es ese que usted tenía?...

—El de chinos.

—¡Ahhh!...

Entonces dimos la razón al muchacho.

Era muy poco lo que llevaba, para lo que llevaron otros en las mismas condiciones.

---

—Por lo visto, también se embarca Ricardito, ese niño mimado de la administración filipina.

—¡Valiente criatura!... Es muy raro el correo en que no le venga un ascenso en comisión ó se le den las gracias de real orden.

—Pues ahora le han concedido un nombramiento honorario, para que al chico le llamen *señoría* en las comunicaciones oficiales. Tiene un tío que se mata porque el sobrino haga una carrera brillante.

—¡Qué ganga de tío!...

—Nada, amigo Alcaraz; ése va decidido á que le den una mitra, y lo conseguirá.

—¡Oh, quién tuviera un tío de ese fuste!...

—Pues por falta de tíos, no llores. Ahí tienes unos cuantos con quienes emparentar durante la travesía.

---

—¡Calla! Pues ahí viene D. Lesmes. ¡Pobre hombre!...

—¿Este es aquel señor de quien se decía que era el *alma* de su oficina?...

—Él mismo. Han dejado cesante á un padre de familia que cuenta veintiocho años de honrados servicios. ¿Sabes quién ha venido á sustituirle?...

—¿Quién?

—Aquel gomosillo de que nos reimos tanto en el *Restaurant de París*. Dicen que es hijo del barón del Monteverde.

—¡Vendrá castigado!...

—Sí; viene, como otros muchos, á firmar la nómina, á lucir su *smoking* y á dirigir los cotillones de casa de su jefe.

—Entonces ya tenemos gomoso para rato.

—¿Por qué?...

—Porque eso de bailar bien es cosa recomendable en la hoja de servicios. No hay como ser un danzante para estar bien conceptuado.

---

—Ahí viene Perico muy desazonado. ¿Qué le ocurrirá?... Llamémosle.

—¡Perico!... ¡Perico!...

—¡Calla, hombre!

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada, un *inglés* que me persigue como un desesperado. Si me atrapa, me estrangula sin remedio.

—Te vas, ¿eh?...

—Sí; voy á esconderme en la carbonera. No digas que me has visto, hasta que pase el Corregidor.

Y se aleja el tal Perico sin darme el abrazo de despedida.

¡Oh pícaros ingleses!

¡Qué ingratitudes hacéis cometer á los amigos!...

---

—Por lo que veo, irás bien acompañado.

—Así parece.

—Ahí tienes á la familia de D. Cornelio.

—Esos darán juego. Ya te contaré sus peripecias de la travesía.

—No, gracias; no te molestes. Me figure...

—Luego... ¿también tú sabes?...

—Sí, hombre, sí. Es una historia que la sabe todo Manila. Ya ves, hasta el mismo D. Cornelio no la ignora, que es cuanto hay que decir. No le cuadra aquello de

todo Madrid lo sabía,
todo Madrid, menos él.

---

—Mira ese pobre teniente que se va por cumplido de país. Vino soltero, y vuelve con un *barangay* numeroso.

—¡Es digno de lástima!... ¡Seis chiqui-

llos y la mujer!... Pero, ¿adónde va á parar ese desdichado?...

—Déjale correr. Ese va derecho á San Bernardino. Y en cuanto á las criaturas, ya verás qué primor. Ese de la cabeza gorda tiene trazas de excelente *repostero.*

—¿Cómo?...

—¡Ya verás qué pastelería deja el angelito sobre cubierta!...

---

—¡Quién es ese artesano que se dirige hacia la proa?...

—Algún inmigrante desengañado.

—¡Eh, buen amigo!... Haga usted el favor...

—¿Es á mí?

—Sí, hombre. ¿Usted no llegó á las Islas en el último correo?

—Sí, señor.

—Y ¿cómo se marcha usted tan pronto?

—Porque vine creyendo que aquí se podría trabajar libremente, y me exigen en esta tierra más *requilorios* que en cualquier país extranjero.

—¿Cómo ha sido eso?...

—Pues muy sencillo. Que soy español y no he podido radicarme. Para vivir aquí necesito que una persona de arraigo me garantice, como si yo fuera algún presidiario suelto (1).

—Y ¿no conoce usted á nadie?

—Ni quiero. Los favores que hay que pedir, los pasos que hay que dar y las gestiones que necesito hacer para quedarme, valen mucho más que lo que yo pudiera adelantar con mis propias fuerzas. Aquí no se debe venir más que con una credencial.

¡Cuánta razón tenía el infeliz!

Para él todo habían sido inconvenientes.

Para otros todo son facilidades.

Y es lo que él decía:

—Pero, ¡Dios mío!..., ¿por qué no habré nacido yo en el Celeste Imperio?...

(1) Ahora, gracias á una reforma del Sr. Maura, pueden los españoles entrar, establecerse y salir libremente del territorio de las Islas.



# LOS QUE SE QUEDAN



# LOS QUE SE QUEDAN

(UNO DE TANTOS)

IENE aquel país hospitalario la ventaja incalculable de que, en él, es punto menos que insensible el cambio de estaciones.

Con una americana de dril, desafía cualquier ciudadano todas las oscilaciones termométricas.

En cambio, eso de pasar una temporada de invierno en este pícaro Madrid, sin más

abrigo que un mal trajecillo de verano, tiene sus consecuencias fatales inmediatas.

Es mucho frío este que envía á los madrileños el cierzo de Guadarrama.

Aquí no pueden vivir los que están de capa caída.

Ni los de capa empeñada.

Por eso Fernández, que es el parásito filipino de mi cuento, puso todo su afán en ir á Filipinas con su correspondiente credencialilla de oficial quinto con descuento, y veinte por ciento de giro por añadidura.

Sólo Dios y el interesado saben los sinsabores que sufrió y las antesalas que hizo, para conseguir el codiciado nombramiento, sin tener en su abono esas pícaras recomendaciones que son las madres de todos los corderos presupuestívoros.

Así andaba de orgulloso el pobre Fernández, con su victoria alcanzada en tan desiguales luchas.

Había vencido la resistencia del ministro á fuerza de constancia, sin padrino y sin una de esas mujeres bonitas que sirven de intercesoras para tales milagros.

No me negarán ustedes que esta hazaña, por sí sola, hace la apología de un pretendiente.

Era grande la perseverancia del muchacho cuando se proponía conseguir alguna cosa.

Así es que el ministro, cansado de tropezar con Fernández en el vestíbulo del Ministerio, en la antesala de su despacho, en los pasillos del Congreso, en todas partes, temió encontrarlo también en la sopa, y buscó el medio de sacudirse la mosca borriqueña, enviándolo á aquel rinconcito de la patria, para que las primicias de la olla grande hicieran entrar en calor aquel estómago condenado al ayuno perpetuo.

Pero Fernández no creía lo mismo.

Por eso decía en el barco que iba al Archipiélago castigado por calavera.

---

Que las grandezas humanas son efímeras de suyo, bien lo sabe Fernández, que á los tres ó cuatro meses vió llegar el hambre en forma de cesantía.

Pero el chico, pensándolo mejor, optó por quedarse en Filipinas, temiendo, sin duda, que la familia no levantase el castigo.

Y cátate ahí á mi hombre bebiendo los vientos para encontrar un arrimo bajo las protectoras alas de uno de esos personajes malogrados que van á hacer la felicidad del país.

Debió de pensar Fernández que esta vida es de lucha, y que los tiempos son difíciles, y, sin pararse en escrúpulos, lanzóse, como Milton, en busca del paraíso perdido.

¿Qué medios empleó para encontrarlo?

¡Vaya, vaya!... Los de todos los infelices que han llegado á la vida sin cartas de recomendación: la lisonja, la intriga y el servilismo.

Con tales armas, el triunfo era seguro.

¿Qué van á hacer los dioses menores del Olimpo burocrático con esos hombres de buena pasta que se obstinan en llamarles genios, en limpiarles las botas y en quitarles las manchas de la levita?...

Naturalmente, colocarlos.

El simpático Fernández consiguió verse de nuevo en carácter de funcionario circunstancial.

Entonces estaba en su elemento, como el pez en el agua.

Ya desde su puesto, aunque interino, pudo más fácilmente captarse las simpatías del jefe y merecer su confianza. Un poco de travesura y otro poco de adulación, son medios eficaces y más que suficientes para cobrar fama de buen empleado en aquel país de las eminencias de guardarropía y de los eternos convencionalismos.

Al cabo de un año me sabía de memoria á Fernández, y era entre la sociedad manileña tan popular como lo pueda ser el Dr. Garrido en Madrid.

Cuando se acabó la breva que pudo darle á chupar el jefe á quien conmovió con la limpieza de los zapatos, las lisonjas y las palmaditas en el hombro, guarecióse á la sombra de otros árboles no menos corpulentos.

Y también sacó entonces sus tajadas suculentas el travieso vividor.

Y hasta le tenían por persona ilustrada sus compañeros de oficina.

Así dejé á mi hombre cuando regresé á la madre patria.

Unas veces en pie y otras caído.

---

Transcurrieron algunos años, y volví al país de la *bibinca* empujado por la fatalidad. Los *ingleses* no me dejaban vivir. Y opté por ponerme á una honesta distancia de mi colonia británica.

Ante todo, la franqueza.

Así no me expongo á que duden ustedes de mis observaciones, pues ya sabemos que

la verdad es sospechosa
en labios del embustero.

Parecía lógico que el tal Fernández, convencido de su eterna postergación, hubiera dirigido sus energías juveniles á otras ocupaciones menos ingratas y acaso más productivas.

Hasta me lo imaginé haciendo versos ó

escribiendo gacetillas, amén de que el abacá, el azúcar, el sibucao, el arroz y el comercio de alhajas, no suelen dar malos resultados por aquellos benditos pueblos.

Pero llevé con este hombre un desengaño mayúsculo.

Seguía en su oficio de pretendiente á sudatintas y tragaobleas, que, aun ejercido con fortuna, no da más que pan para hoy y hambre para mañana.

Fernández era, por lo tanto, un tipo vulgar.

Cualquier sargento radicado hará más carrera que Fernández.

---

El rasgo característico de aquel filipón embrionario, era la hipocresía.

Tenía el feo vicio de apartarse de los pequeños y de pegarse á los grandes como el pólipo á la roca.

Guardaba para todos una sonrisita de conejo, una frase lisonjera ó una palmadita acariciadora.

Así, cuando yo entré en su oficina, ajeno

á tan desagradable tropiezo, corrió á estrecharme cariñosamente entre sus brazos.

Era el abrazo de Judas.

Habíamos sido compañeros, y conocía sobradamente sus mañas. Quería blasonar de puritano, y era un pillete redomado, un espíritu mezquino, capaz de vender la rectitud de un amigo por un plato de lentejas.

—Pero, hombre, ¿tú por aquí otra vez?—díjome con aires de sorpresa.

—Aquí me tienes en cuerpo y alma. Pero dime, ¿cómo te va, después de tan prolongada cesantía?...

—Chico, perfectamente. Este es un gran país. Teniendo buenos amigos, y, sobre todo, personas influyentes que sepan apreciar méritos y condiciones, nunca faltan interinidades y otras ventajillas para ir viviendo...

—Conque aquí es soportable una cesantía, ¿eh?...

—Ya lo ves: se va tirando.

—Pues en Madrid no puede uno ir á tirarse más que por el viaducto de la calle de Segovia.

—¡Vaya, vaya!... Cuéntame, hombre, ¿qué hay por allá?...

—Todo *in statu quo*. El doctor Garrido en su farmacia, y la fuente de la Puerta del Sol en el mismo sitio.

—¡Tú siempre tan bromista!...

—Es natural; genio y figura... ya sabes. Conque, chico, tanto gusto en verte, y hasta otro rato.

Y salí pensando cómo se las compondría aquel individuo para ir tirando.

Porque, lo que es yo, no puedo ir más que recogiendo.

Y gracias.

---

No tardé mucho tiempo en despejar la incógnita.

Fernández vivía á expensas de su decoro. Lo mismo convertía su casa en garito para jugar al monte, cobrando puerta y barajas, como cualquier tahur recalcitrante, que simulaba una rifa clandestina de alhajas, caballos y muebles, que jamás había tenido.

Estas operaciones financieras están muy en boga en aquel país.

Es un sablazo corriente con el que hay que contar por fuerza, incluyéndolo como gasto previsto en la distribución de fondos.

Entre rifas, suscripciones voluntarias, quebrantos de giro y otras zarandajas, se evapora el sueldo todos los meses.

Y hay que transigir con tales corruptelas, á menos que se prive uno de amistades y compañerismos.

Fernández sabía explotar el negocio á la perfección.

Nadie escapaba sin arañar.

Al fin descubrieron sus víctimas las malas artes de aquel mozo de provecho, y decidieron no volver á caer en sus garras.

Pero el chico la emprendió con otro negocio explotable.

Metióse á protector de *bagos* inexpertos, y los llevaba á su domicilio para vivir en *república*.

Y como él tomaba á su cargo la administración de los intereses domésticos, le salía todo por una friolera.

Hasta que la república degeneraba en anarquía, y se tiraban mutuamente los trastos á la cabeza.

Así ha conseguido que le conozcan por completo.

Pero ni por esas: no se decide á embarcarse.

Espera tiempos mejores, y no le arredran contrariedades.

La adulación, la bajeza y el servilismo tienen la virtud de suavizar asperezas, y Fernández seguirá en Filipinas tirando, como él me dijo.

Y no de una carreta.

Sino de alguna secretaría.

Con casa, leña, petróleo, criados y otras gangas por el estilo.

Estos cargos, con terna y todo, son en aquel país el *refugium peccatorum* de muchos padres de familia, á quienes el ministro *tiene á bien* limpiar el comedero.

Y estos señores son los que se quedan para mejorar la raza, para mantener allí nuestro prestigio y para administrar los intereses municipales.

Cosa que suele conseguirse con tiempo y perseverancia.

Y después de haber mascado mucho *buyo*.

Y de haber sido contratista de arbitrios con premeditación y ensañamiento.



# LA MUSA POPULAR



# LA MUSA POPULAR

TREVIDILLO es el epígrafe, porque no anda muy sobrado de Musas el país á que consagro este librejo. Pero, en fin, lo escrito escrito queda, y es necesario tratar el asunto, salga lo que saliere.

Algunos filipinólogos, más ó menos ilustres, han coincidido en la afirmación de que el indio tiene, sobre todas sus cualidades distintivas, un maravilloso instinto

para la imitación... de nuestras malas costumbres.

Entre los feos vicios importados por nosotros á Filipinas, descuella el de pedir aguinaldos y felicitar las Pascuas en verso. Con esta tradicional socaliña, quien sale perdiendo, casi siempre, es el buen gusto literario: la poesía, que durante el año duerme arrullada por los tranquilos rumores de aquellos bosques vírgenes, sólo da señales de vida en esas horas en que el mundo católico celebra el natalicio de su Redentor. Los mismos versos con que los vates indígenas del tiempo de Legaspi glorificarón y enaltecieron, en días tan solemnes, las hazañas y las cívicas virtudes de nuestros antiguos oidores y magnates, sirven hoy para celebrar la fiestecilla onomástica ó la toma de posesión de cualquier personaje de viso en la colonia oficial. Apologías tan pedestres é insustanciales que, por lo general, rechazan las personas de buen gusto, aun no sugestionadas por aquel medio ambiente aniquilador, suelen, no obstante, producir tan desastrosos efectos en las na-

turalezas enfermizas y en los cerebros desalquilados, que, al fin, hay algunos inocentes que caen en la vanidad más ridícula y en la estupidez más vergonzosa.

La nota dominante en la poesía popular genuinamente española, es el sentimiento; el más fervoroso y ardiente patriotismo se encarna en el héroe de la hazaña que despierta el orgullo ó la indignación general. Entonces, y sólo entonces este pueblo generoso y valiente, grande en sus explosiones de entusiasmo, irresistible en sus arranques bélicos, canta sus glorias en estrofas sencillas, que son el efluvio regenerador del espíritu nacional y la manifestación más gallarda de ese arte hermoso, sin artificios ni retóricas, sin falsificadas sensiblerías, sin los pacientes amaños de esa orfebrería literaria, tan en boga entre los sectarios del moderno clasicismo; ese arte, en fin, que no se aprende en la cátedra ni se estudia en los libros, pero que sale á borbotones de las entrañas del pueblo, á la manera de cristalino manantial que surge del fondo de la tierra y se precipita,

arrollador é impetuoso, depositando por doquiera el beso fecundo de la vida.

Aquí las expansiones sociales tienen casi siempre por objetivo algo que simboliza un ideal supremo: suena el himno popular á la gloria del héroe en batalla memorable, á los descubrimientos luminosos de la ciencia, á las hermosas creaciones del arte, á las gallardías arrebatadoras de la elocuencia, á todo aquello que deja huella profunda en la historia de los grandes hechos de la humanidad: allá, entre nuestros hermanos de la raza malaya, á quienes nos asimila é iguala el rasero nivelador del Código, ni hay convulsiones sociales, ni dinamismos psíquicos, ni colectivos entusiasmos, ni luchas sangrientas, ni pasiones vehementes, ni otros héroes legendarios que los señores López y Peding, recién desenterrados de punible olvido por el apreciable joven indígena D. Isabelo de los Reyes. Por eso no tienen los filipinos poesía genuinamente popular; por eso la musa callejera, condenada á la servil apología de vulgaridades sin enjundia, se ma-

nifiesta en ese eterno y monótono sonsonete de las felicitaciones pascuales y de las pueriles alabanzas á los funcionarios de guardarropía.

Siete años he permanecido entre aquellas sencillas gentes, como prófugo de la civilización, que diría el buen *Quioquiap*. En ese lapso de tiempo, que considero un paréntesis de mi vida, ningún acontecimiento nacional ha despertado el interés, ni ha excitado la pasión, ni ha movido el entusiasmo de aquellas muchedumbres anónimas. El letárgico sueño, la indolencia tradicional, la pereza invencible del indio, sólo se interrumpen cuando el mandato oficial ó el almanaque le anuncian, por el conducto nada suave del gobernadorcillo, la llegada ó el santo del nuevo jefe de la provincia, que le hace feliz con sus mejoras y le cobra periódicamente los impuestos. Entonces acude solícito el indígena á la residencia oficial del conspicuo personaje, que suele ser, salvas honrosas excepciones, un politiquillo de cuarta batida, sin gran instrucción y sin anteceden-

tes, con un conocimiento rudimentario y deficiente de la legislación especial del país, sin la más ligera noción de costumbres, idioma y modo de ser de las gentes sometidas á su paternal gobierno; pero que allí sobresale y se singulariza sobre el pedestal de su nombramiento, como palmera enana entre rastreros arbustos. Los leales súbditos obsequian al empingorotado mortal con música, ricos presentes, deshilvanados discursos y disparos de morteretes y de poesías, como la que voy á copiar á continuación y que he visto aplicar indistintamente á más de cuatro gobernadores de provincia, unos buenos, otros malos, y algunos sólo concebibles en aquel bienaventurado país.

Hé aqui la poesia á que me refiero y que es un *modelo* en su clase:

«Si la costumbre hace ley
y la ley se ha de acatar,
crimen sería no dar
ejemplo por esta grey.
»Sois, señor, digno y honrado
hijo de la noble España,
cuya más sublime hazaña
fué esta tierra descubrir.

»La gloria de aquellos héroes
de las armas y la ciencia,
con vuestra grata presencia
conseguirá revivir.
»Dios os colme de favores,
y dichas y bienandanzas,
tales son las esperanzas
de esta pobre, humilde grey.
»¡Gloria al ilustre patricio!
¡Viva el gran gobernador
que sabe dar esplendor
á la patria y á la ley!...»

Estos versitos son de lo más selecto que se conoce en el género de loas filipinas. El estilo denuncia, como autor, á uno de esos apreciables indígenas que vienen á Europa, terminan, con mayor ó menor aprovechamiento, una carrera literaria, y vuelven á los nativos lares con cierto barniz de cultura, dispuestos á convertirse en oráculo infalible de aquellos sencillos habitantes, que ni saben ni les importa dónde está España, quiénes fueron sus héroes y sus hombres ilustres, y cómo se llama el invicto general que les gobierna (1).

(1) Hay quien afirma que los indios filipinos, en su idioma, han cultivado y cultivan con fortuna la poesía, descollando principalmente en el género erótico. Mi desconocimiento

Hé aquí ahora, para regocijo de los lectores impresionables, unos versos *amorosos* del género romántico, que copio con todas sus circunstancias:

«¿Sabes, hermosa,
que eres fresiosa
como una plor?
Con tu nectar divina
el fecho inclina
del trovador.
Si dises nones
ya me fropones
una crueldad;
verás en el mismo instante
á este tu amante
en la eternidad.»

---

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Porque al autor de semejante *explosivo,* se le debió ocurrir morirse, matar á la ingrata, hacerse un terno barato, cualquie-

---

casi absoluto de las distintas lenguas que en el Archipiélago se hablan, me impide dar opinión acerca de esta difícil materia, que dejo íntegra á los que, con más tiempo y con mejores elementos, han podido ahondar en estudios filológicos de alto vuelo que les permitan emitir juicios más autorizados.

ra cosa, antes de emprenderla con la poesía, que ninguna culpa tiene de lo que al exaltado amante le ocurre con su novia ó lo que sea.

---

En los días de Pascua es cuando da muestras de mayor fecundidad la musa filipina. El *plumario,* estiradillo y sabihondo, hilvana con quince días de anticipación, entre autos y diligencias, las coplas con que el personal de la escribanía felicita al eternamente querido, recto, inteligente, simpático, moral é inflexible juez; el escribiente de más agallas en las oficinas del Gobierno, prepara su *verseado* para sus jefes, que, como es natural, superan en virtudes y buenas prendas al lisonjeado golilla; el fiscalillo de la iglesia, que suele ser muchacho avispado y discreto, se afana por cumplir el aluvión de encargos poéticos que caen sobre él de cuantos pedigüeños recorren las casas de los *castilas* en busca de la codiciada peseta; y cuando llega el día, triste y solemne, de los disparos,

desde las primeras horas de la mañana toda persona de algún carácter oficial, vese asediada por los musiqueros de la población y sus cercanías, y por un sin fin de *taos* y *babaes*, en su mayor parte desconocidos, que se descuelgan con papelitos impresos ó manuscritos del tenor siguiente:

«FELICES PASCUAS

(SONITO)

A los dias de nuestro Salvador
con prosperidades festegemos,
al son delos estromentos
las fiestas natalicios del eterno criador.
Cual los angeles al glorificador
tributan sus cantores asi le demos
muchisimas gracias por cuanto debemos,
pues eles sempeterno Amador.
Evitad pues las mundanas dilicias,
disprutar con regoshijos florido
y procurad las divinas gracias.
Al fin divino alhijado enter nacido
su deseo recibid con tiernos caricias,
bien es berdad. Aguinaldo ospido.»

---

Aquel astro anunciador
de la venida del Mesias
ya del Oriente salió
con sus brillantes alas.

Pregonando el Natalicio
del príncipe de la Paz
que las tinieblas del Mundo
alumbrarian su Divina Magestad.
Hoy le felicita á Vd.
estos dias por hoy
que es Pascua de Navidad
del Supremo Redentor.
Francamente mis deseos
os conservais la salud,
y goceis siempre tranquilos
hasta en los profundos cielos.

---

El que con respeto debido
al Redentor del Mundo,
alabando con sacro-rosal
por ser dia de Nacimiento.
Los arcángeles imperiales
bajan del Cielo elevado
haciendo los homenajes
á Jesús nuestro medianero.
Pidiendo al eterno Cielo
dichas y prosperidades
con reboces y más loores.

---

Con alegría y contento
las Pascuas os felicita
quien entre lluvia y viento
os lleva partes y telegramas.

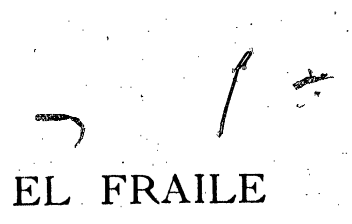
Como ustedes ven, la musa de los vates indígenas no puede ser más elocuente ni

más expresiva. El nacimiento de Jesús, el sublime Redentor del mundo, el Dios de los cristianos, merece allí tales herejías y se toma como pretexto de tan horrendos crímenes literarios.

.........................................

¡Baja, oh Dios, de las alturas, que aun con tu infinita misericordia, no dejarás de poner coto á tan inauditos desmanes, enviando al hospitalario seno de Abraham á los poetas que te ladran y al mismísimo infierno á los malos impresores que te injurian!...





# EL FRAILE



# EL FRAILE

Consagrar un libro á Filipinas y no decir algo del fraile, es como hacer el análisis de unas aguas medicinales y prescindir en absoluto de los elementos que constituyen sus principales virtudes terapéuticas. No quiero, pues, in-

currir en la imperdonable omisión del personaje que ha sido, es y será por mucho tiempo, digan lo que quieran sus adversarios, factor importantísimo dentro de aquel organismo social en desarrollo. ¡Cómo no dedicar algún espacio en este libro al que contribuyó, con su abnegación y sus esfuerzos, á la conquista de nuestras hermosas posesiones del extremo Oriente; al que expuso su vida en tan arduas empresas, como cualquiera de aquellos valientes que pelearon con denuedo bajo la enseña gloriosa de España; al que, con sus predicaciones y con su celo apostólico, redimió de la más espantosa barbarie á tantos millares de seres humanos, poco antes sumidos en la superstición y la idolatría; al que debemos principalmente el caudal científico que sirvió de base á los ilustres sociólogos y legisladores que dieron cima, con éxito feliz, á esa labor inapreciable del Código de Indias; al que recurrimos por fuerza los que, en grata satisfacción de antiguas aficiones, buscamos con interés las fuentes históricas de aquella hermosa y

rica porción de la tierra española; al que, encerrado en su modesta casa-conventual, albergue de tan útil centinela avanzado de la civilización, es nuestro único representante, nuestra garantía única, la providencia de multitud de indivíduos que nada hacen, que nada piensan, que nada realizan sin el estímulo paternal, sin la iniciativa inteligente, sin la voluntad firme y sin el ejemplo repetido del que, por voto solemne, se condena á vivir y á morir entre sus indios, á tres mil quinientas leguas de la madre patria!...

Todos esos títulos ostenta á la consideración de los filipinos ese humilde religioso que, ya tenido aquí por ciertas gentes como un elemento anacrónico, es, sin embargo, en aquellas apartadas provincias, lazo de unión y de concordia entre peninsulares é insulares, valladar sobre el que se estrellan las corrientes del separatismo militante: hé ahí el origen de los recelos que despierta, del odio que inspira y de la ruda campaña de que es objeto por parte de los soñadores é ilusos que ven en nues-

tras Órdenes monásticas obstáculo insuperable para la realización de sus planes insensatos.

El religioso, en sus relaciones con aquel pueblo de *niños grandes*, es algo más que un misionero apostólico: ha tenido que ser, por necesidad, maestro de escuela, médico, ingeniero, abogado, agricultor, supliendo de esta suerte en remotos, y aun en los actuales tiempos, deficiencias de organización fáciles de explicar en un país que comenzó no há muchos años á dar señales de vida por medio del desarrollo de sus propios elementos de cultura y de riqueza, antes sumidos en abandono punible, en la rutina viciosa, en la práctica de procedimientos rudimentarios, incapaces de realizar los grandes fines de la ciencia moderna en todas sus infinitas manifestaciones. El fraile tuvo que trazar los primeros caminos; el fraile fundó las primeras escuelas; el fraile importó los primeros útiles agrícolas é industriales; el fraile arrancó de aquel suelo feracísimo los primeros frutos de la semilla exótica; el fraile ense-

ñó al indio la manera de beneficiar los productos indígenas; el fraile dirigió las obras de los primeros templos católicos, en cuyas bóvedas resonó la voz de los misioneros que predicaban las grandezas de nuestra religión y de nuestra historia, convirtiendo míseras tribus de siervos y de esclavos, en generaciones de hombres y de ciudadanos libres, para quienes abrieron las Comunidades religiosas anchos horizontes de luz, de progreso, de porvenir y de gloria, fundando, y sosteniendo con su propio esfuerzo, institutos y universidades, donde los filipinos reciben la savia regeneradora de la civilización y de la cultura de estos viejos pueblos de Occidente.

¿Qué valen, pues, ante esa gloriosa tradición de nuestras Órdenes monásticas en Filipinas, las pueriles acusaciones contra alguno que otro de sus individuos, acaso indigno del respetable hábito que viste? Júzguense con verdadera severidad los casos aislados; pero dejemos á salvo las virtudes de la generalidad. ¿Qué institución ó qué colectividad humana puede blasonar

de perfecta en todas sus partes ó en todos los miembros de que se compone? Y porque haya entre mil frailes uno, dos, diez que no cumplan sus deberes con fidelidad y menosprecien su sagrado ministerio, ¿hemos de condenar en absoluto la institución, olvidando las virtudes, los sacrificios, los bienes que los demás reportaron al país? No; eso no sería justo: pruébeseme que los frailes, como colectividad, constituyen allí una perturbación; que su gestión y su permanencia dan resultados contraproducentes; que no son ni han sido el más poderoso instrumento de nuestra influencia y de nuestro dominio efectivo en el Archipiélago; que sin su concurso eficaz, directo y personalísimo, es posible allí fácil gobierno, recta administración, verdadera confianza en los que nos entregamos á la buena fe de aquellos sencillos habitantes, y entonces confesaré paladinamente mi error. ¡Trabajo les mando á los frailófobos que acometan la difícil tarea de destruir con subterfugios y sutilezas del ingenio, lo que tiene por sólida base el hecho pal-

pable, victorioso, real, indestructible, que triunfa y se impone como la verdad, destinada por Dios á estar siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua!

Allí el fraile, á despecho de insidias, de asechanzas, de ciertas reformas que no rozan siquiera la epidermis de aquella raza, sigue llenándolo todo: su dominio del idioma, su contacto con el indio, su indiscutible superioridad intelectual, le convierten en un mentor cariñoso de aquellas gentes dóciles, sencillas, que todo lo consultan con el Párroco, mientras éste libra á sus feligreses de atropellos y socaliñas, intercede en favor de todos con las autoridades, les aconseja, les socorre, les guía, les traduce los documentos, les evita mil castigos por sus torpezas y lenidades y les enseña á cumplir las leyes. Muchas veces he presenciado entre párrocos y gobernadorcillos diálogos como este:

—Padre, ¿*cosa* dice este *opicio* del señor gobernador?...

—Que tienes abandonados por completo todos los servicios; que las calzadas están

intransitables; que hay viruela en el pueblo, y no ha dicho una palabra el vacunadorcillo; que la recaudación de las cédulas está muy atrasada, y que si no procuras cumplir mejor tus deberes, te impondrá una multa de cincuenta pesos. Ahora, *tú cuidado,* ¿eh?...

—Sí, Padre; pero haga *no más* el *pavor* de contestar *ya* este *opicio...*

—Bueno, se contestará; pero como no te enmiendes, no vengas á pedir que te levanten el castigo, que bien merecido lo tendrías.

Así está á todas horas el religioso, que consume los mejores años de su vida en aquel país de los enervamientos y de las calenturas; encerrado en su casa-convento, sin la compañía de persona alguna á quien hacer partícipe de sus ideas, de sus sentimientos, de sus nostalgias y de sus abrumadoras melancolías; á veces, sin que nadie le entienda en castellano y le hable de su querida España, á la que no volverá, fiel al yugo de ese horrible juramento en que abdicó de su voluntad, que le arrancó

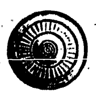
prematuramente del hogar tranquilo y que le robó, tal vez para siempre, las infinitas ternuras de la madre.

Imagínese el horrendo sacrificio que todo eso supone; que recuerden los ingratos el bien que les ha hecho la institución que ahora con tal ensañamiento combaten, y no olviden que el fraile ha sido y es su principal redentor, reconociendo también que su misión no ha terminado todavía en aquella venturosa tierra de las seculares resistencias y de las ingratitudes bastardas.

¡Á qué, pues, esa oposición tenaz, esa guerra implacable y desatentada, de que son objeto, por parte de los filipinos ingratos, esos religiosos españoles que, en aras de su misión altamente civilizadora y humanitaria, llevaron á aquel hermoso país la luz esplendorosa de la ciencia, las supremas intuiciones del arte, las ideas redentoras del catolicismo, el espíritu noble, generoso y caballeresco de esta raza de héroes y de mártires!...

Yo no sé ni quiero discutir ahora si el fraile en Filipinas es hoy un bien ó un mal:

si es un bien, dejémosle que acabe de cumplir su destino civilizador y humanitario; si, como no creo, es un mal, dejémosle también por insustituíble, y convengamos en que es un mal necesario... imprescindiblemente necesario para que en todos aquellos pueblos de la selva, tenga España siquiera ese débil signo de pacífica posesión y de indiscutible soberanía.



# LA HÍPICO-TAURINA




---

TAMBIÉN allí tiene una representación distinguida, aunque poco numerosa, esa rama del *sport*. La facilidad de las comunicaciones, el trasiego incesante de los empleados y la monomanía del asimilismo nivelador, han llevado á Filipinas todos los refinamientos de la cultura nacional.

La *Hípico-Taurina*, que cuenta entre sus asociados con lo más escogido de nuestra juventud alegre y bulliciosa, sólo da señales de vida en ocasiones solemnes; la catástrofe de Santander, el conflicto con los rifeños, la inundación de Consuegra y los terremotos de Andalucía, tuvieron allí la resonancia que era de esperar. El país filipino, hondamente impresionado con tan

cruentas desdichas, ha respondido siempre á la voz angustiosa de sus hermanos de la metrópoli: la prensa inicia entonces la consabida suscripción patriótica; los teatros anuncian funciones de gala á beneficio de los damnificados; las damas del gran mundo piden objetos de arte á las personas de viso, contribuyendo gustosas al éxito de una *kermesse;* y los almibarados *sportsmen* de la Hípico-Taurina, asociándose al general sentimiento, se reunen para discutir y acordar los preliminares de la benéfica fiesta; cuentan, desde luego, con el valioso concurso de las muchachas bonitas, y el acto resulta siempre digno de la distinción y de la elegancia de sus conspicuos iniciadores, que realizan de esta suerte el milagro de lucir, en traje corto, sus bellas formas y sus facultades artísticas, de divertirse á su sabor, y de contribuir con sus esfuerzos á que se enjuguen en lo posible las lágrimas que sirvieron de pretexto á tan caritativos entusiasmos...

Fundada esta sociedad bajo tan honrosos auspicios, no hay para qué decir las

simpatías de que goza: el solo anuncio de que se proyecta una corrida de toros, es origen de vivos comentarios en la prensa y en las reuniones de la sociedad elegante. Las muchachas se disputan el honor de confeccionar moñas y banderillas de lujo; los padres de familia se resignan gustosos á toda clase de sacrificios, no sólo por satisfacer el inocente capricho de las niñas, sino porque con ello dan nueva muestra de su acendrado patriotismo. La rivalidad entre las muchachas, suele dar ocasión á desembolsos, no siempre compatibles con la situación económica de los papás complacientes; los comerciantes hacen su agosto vendiendo á porrillo costosos cintajos, ricos trajes, mantillas blancas, de madroños y caireles, y alhajas de alto precio, no siempre pagadas con exceso de puntualidad; los *chicos* encargados de la lidia, que sueñan con sus proezas de agilidad y de valor, atosigan á sastres y zapateros para que no falten el día señalado el ceñido pantalón, la chaquetilla corta y las zapatillas de brega; el presidente de la *Hípico-Tau-*

*rina* designa la persona que ha de escoger las reses, y durante un mes no se habla de otra cosa en salones, calles y teatros.

Tres días antes de la corrida, hay exhibición de moñas y banderillas en los escaparates de las mejores tiendas, y la prensa ofrece á sus lectores amplia información, un verdadero lujo de detalles, en que no faltan lisonjeros augurios de la corrida, que, á juzgar por el trapío de los becerros y la probada intrepidez de los lidiadores, resultará un acontecimiento tauròmaco digno de las mejores plazas del clásico país del buen vino y de los toreros valientes.

La suerte, la posición ó la hermosura, deciden acerca de las señoritas que han de presidir el espectáculo; véndense las localidades con anticipación, y después de orilladas dificultades, que no escasean, y piques de amor propio, que tampoco faltan, llega el día feliz, esperado por todos con una impaciencia digna de más alto empleo.

La tarde espléndida, la atmósfera caldeada por aquel sol tropical, convidan á un rato de jolgorio después de tantos días

de insoportable aburrimiento. La *fiesta nacional* á tres mil quinientas leguas de la patria, es allí una novedad que no deja de ofrecer atractivos: por lo menos, el de disipar, siquiera sea momentáneamente, hondas tristezas y abrumadoras nostalgias.

Confieso que la primera vez que asistí á uno de aquellos espectáculos, lo hice con grandes esperanzas y me las prometía muy felices: tan largos preparativos, lujo tan espléndido en moñas y banderillas, anuncios tan pomposos de la prensa y animación tan inusitada, requerían algo que, juzgado piadosamente, no tuviera todos los caracteres de una mojiganga ridícula...

El templo levantado en Manila al arte taurino, es un barracón circular de madera, con incómoda y no muy segura gradería: los palcos, estrechos y pintarrajeados, ocupan la parte superior del circo en toda la extensión de los tendidos de sombra; el redondel tiene aproximadamente las dimensiones del de la plaza de toros de Vallecas; en cuanto á las demás dependencias del edificio..., ¡cómo han de ser en un país

donde ni las reses se distinguen por su bravura, ni hay público suficiente para mantener la afición, ni toreros que se atrevan á buscar fortuna, entregándose al azar de tan largo y costoso viaje!...

Estas solemnidades benéficas suelen verse favorecidas con una concurrencia numerosa: los palcos son verdaderos *ramilletes,* que diría cualquier revistero cursi, en que abundan las caras bonitas, ataviadas con el precioso marco de encaje de la clásica mantilla blanca; nótase en los tendidos esa algazara, ese derroche de animación y de alegría que es el principal atractivo de la fiesta genuinamente española... Antes de dar comienzo á la corrida, todo es fiel trasunto de lo que aquí se ve en espectáculos de este género; después... suena el clarín, y á los acordes de alegre música, pisan la arena los simpáticos *diestros* entre aplausos atronadores y murmullos de admiración. Los *chicos* cambian el vistoso capote de paseo por el de brega; los de *aupa,* caballeros en jaquillas liliputienses, colócanse en su puesto, y los que pre-

sencian por primera vez una fiesta de toros en Filipinas, sienten la natural emoción al imaginar el riesgo que corre aquella cuadrilla de jóvenes barbilampiños.

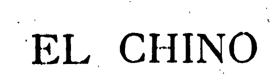
Los temores de la gente sensata desaparecen en cuanto se da suelta al primer cornúpeto: el bicho, que es un añojo de buena pasta, inquietillo y corredor, da unas cuantas vueltas á la pista sin meterse con nadie; huye de jamelgos y peones como alma que lleva el diablo; el público protesta con desaforados gritos; la presidencia manda cambiar la suerte, y los *chicos*, con sus vistosas banderillas, acosan al becerro, le persiguen, le cercan, y al primer descuido, le clavan los rehiletes en el costillar, en las paletillas, donde se puede... Al fin, llega la hora suprema: el apuesto *mataor*, que suele ser mozo de gran partido entre el bello sexo, brinda en verso ante la presidencia, tira con gallardía el chambergo, y, mandando retirar á los *peones*, va decidido á entendérselas con el inofensivo animal, que sigue huyendo... ¡hasta de su sombra! El valiente *mataor* sale al encuen-

tro del fugitivo, extiende la muleta, el bicho da un fuerte resoplido y acelera el paso; el *maestro* sigue su persecución en carrera loca, acaba por rendirse, y ya, con la lengua fuera, se decide á pinchar... Hiere, como los banderilleros, donde encuentra toro, hasta que la víctima, acribillada, desangrándose, entrega su cabeza inocente al *brazo secular* del puntillero.

Los *chicos* no han podido hacer más; el público aplaude, y el *mataor*, que brindó la suerte á la joven de sus pensamientos, es obsequiado con una preciosa alhaja...

El resto de la lidia no suele ofrecer nuevos accidentes dignos de especial mención: el desfile resulta brillantísimo, los periódicos publican ingeniosas reseñas del espectáculo, ¡y yo bendigo á esas hermosas señoritas y á esos buenos muchachos que, con tan honestas distracciones, alivian el peso del dolor y las desdichas de la miseria á unas cuantas familias desgraciadas!...





# EL CHINO




(Á MI BUEN AMIGO QUIOQUIAP)

EXPULSADO de la hoy rica y floreciente Australia, barrido del Canadá, de Méjico y de los Estados Unidos, que empuñaron á tiempo la escoba salvadora, levantando infranqueable ba-

rrera á esa inmigración asiática que lleva en su seno el germen de la ruina, el chino, amparado por nuestra legislación imprevisora, ha convertido el Archipiélago magallánico en fácil y abundoso campo de explotación, en vertedero de toda la inmundicia social de ese vasto y petrificado imperio, que se desborda en grandes masas por todos los ámbitos del mundo, en busca de algo con que saciar su voracidad y su codicia.

El inmigrante de la raza mongólica, ese abyecto y menospreciado hijo de Confucio, que en las colonias británicas apenas si es tolerado en los oficios más viles (1), llega á Filipinas consignado á un cabecilla, como si se tratase de una mercancía ó de una bestia de carga: nuestros empleados ejercen sobre él la acción fiscal más escrupulosa, y antes de autorizar el desembarco, es preciso que el chino pague una crecida suma en concepto de derechos de entrada

(1) En Singapoore, los chinos sustituyen á las caballerías, tirando de unos calesines destinados al transporte de viajeros.

y de cédula de capitación, que, por lo general, es satisfecha ó garantizada por un tiranuelo de su raza, que le explota más tarde con exorbitantes intereses y con trabajos tan penosos como mal retribuídos.

Entonces es cuando da comienzo la odisea de infortunio del pobre aventurero, que se convierte en esclavo del coletudo fiador. El recién llegado se dedica al oficio de cargador del muelle: allí trabaja sin descanso, bajo el influjo de aquel sol canicular, con su mugriento *salacot* y su andrajoso taparrabo, sin otro alimento que un mal puñado de arroz, un plátano y un pescadillo podrido. Así, ochavo sobre ochavo, entre mil privaciones y sacrificios, sufriendo un trato increíble en humanos seres, el chino laborioso, paciente, sobrio, va poco á poco emancipándose de la feroz tutela del cabecilla; y cuando ya puede vivir á expensas de su propio esfuerzo, y dispone de un triste rincón donde guarecerse, decide mejorar de profesión: entonces pasa á la categoría de barrendero del municipio; después asciende á la modesta cla-

se de sirviente en tienda de sinamay ó de baratijas, hasta que sus condiciones personales, su fidelidad probada, su travesura, sù dominio del idioma del país y su vocación de mercachifle, animan á su amo y señor á confiarle cuatro piezas de tela y unas cuantas chucherías, para que se eche á volar y demuestre sus aptitudes ejerciendo por las calles el tráfico menudo. El chino, que ya es *tancalero*, deja de ser explotado y se convierte en explotador: el ahorro se hace más fácil y exige menos sacrificios; y ya desde este punto, el antiguo paria, convirtiendo la pinga en *palanca* de Arquímedes, no necesita más que su astucia, su rapacidad, la hipocresía y el servilismo ingénito de su raza, para convertirse en tendero y más tarde en contratista de arbitrios y en *persona* respetable, prestigiosa y bien acomodada.

Hé ahí el proceso invariable del chino aventurero, emprendedor y afortunado. No siempre el inmigrante asiático llega á esas alturas; pero, en general, todos, absolutamente todos realizan sus aspiracio-

nes, cuando son modestas, por la razón sencilla, lógica, incontrovertible, de que allí, en todas las esferas sociales, y señaladamente en la de que trato, es compatible la vida con el ahorro continuo y gradual. El bracero chino, que gana cinco reales, cubre sus necesidades ordinarias con dos, si no es vicioso. Más tarde, cuando su fondo de reserva se lo permite, va á la gallera y al fumadero de opio, contrae relaciones con una india, se da una vueltecita por su pueblo natal, retorna de nuevo á Filipinas aguijoneado por la ganancia y el lucro, se hace cristiano, si así conviene á sus intereses, se procura un padrino *castila* de influencia, y acaba por contraer matrimonio y por echar hondas raíces en el país. No falta entonces en la vivienda del chino un altarcillo para las devociones cristianas de la cónyuge, y otro con sus grotescos figurones que representen á los dioses Penates, con sus pebetes olorosos, símbolos éstos de gran carácter en el culto idólatra y supersticioso.

La india laboriosa le ayuda, métese el

chino en negocillos de poca monta, instala en inmundo cuchitril su *tiendajan* de *sari-sari*, y una vez conquistada una parroquia escogida, el porvenir es suyo. Su prosperidad es lenta, pero segura: se le va conociendo en que mejora de traje y en que ya se permite el lujo de comprar un caballejo que le sirva en sus frecuentes expediciones mercantiles por los pueblos de la comarca. Al cabo de seis años, el chino, que desembarcó en Manila sin una peseta, cubierto de andrajos, llega á la abundancia por la virtud exclusiva del trabajo y de la economía, uno y otra bastardeados casi siempre por la rapacidad, por el engaño y por la adulteración de todo cuanto vende al público, á quien cautiva con sus amaños de falsa baratura y con su servilismo de hipócrita mercader.

Ved al chino tendero acurrucado en el fondo de su zahurda, entretenido en rascarse los mugrientos pies, enroscado como serpiente ahita en los horrores de la digestión, sobre frágil banquetilla de bejuco, con sus ojos oblicuos, recargados con las

enervadoras somnolencias del opio, esperando, como astuta fiera en su cubil, á la víctima de sus trapacerías de mercachifle. Él guarda para todos una halagadora son-



risa; él soporta impasible el insulto, la mofa, los puntapiés y los tirones de coleta, si ve la transacción probable, el engaño fácil y la ganancia segura. La imperdonable apatía del indio le deja íntegro el

monopolio de las pequeñas industrias. El chino absorbe, casi en su totalidad, el ejercicio de las profesiones mecánicas, en que no reconoce rival por su constancia, por su laboriosidad y por su economía. No es agricultor, porque viene de esos grandes centros marítimos donde la agricultura es nula ó tiene una importancia secundaria; pero la explota por medio de la usura, y acopia ricos productos, vendidos prematuramente por el natural vicioso á precios infinitamente bajos, que no alcanzan, por lo general, ni al cincuenta por ciento de su valor efectivo en los mercados. Él economiza, se enriquece y nada propio del país consume: todo lo importa de China.

Nada menos que cincuenta mil hijos del celeste Imperio cobija en su hospitalario seno la capital del Archipiélago magallánico. Pueblos enteros se hallan invadidos por estas sanguijuelas insaciables: el extenso y populoso arrabal de Tondo y una gran parte de los de Binondo y Santa Cruz, de Manila, están ocupados por merodeadores chinos y sus descendientes, que tie-

nen sus autoridades propias, su establecimiento bancario, sus curanderos y sus botiquines propios, y, para que nada les falte, hasta su cementerio especial.

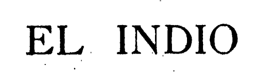
Las barriadas en que abunda la población asiática, se distinguen por la atmósfera que las envuelve y que se masca más que se respira: antes de penetrar en uno de aquellos chiribitiles, verdaderos antros misteriosos, tomad las precauciones necesarias para no intoxicar vuestros pulmones con un ambiente fétido, enrarecido, en que pululan los fermentos de toda clase de inmundicias en descomposición. Imposible parece que puedan vivir en semejantes pocilgas seres humanos con la noción más rudimentaria de la higiene y del instinto de conservación. Calcúlense amontonados en estrecho recinto los restos de asquerosos comistrajos, las deyecciones y la respiración de cincuenta personas, en confusión con los acres vapores del opio, y se vendrá en cabal conocimiento de lo que son aquellas madrigueras, donde el contagio hace su horrible presa y determi-

na cifras de mortalidad verdaderamente aterradoras.

¡El opio! Hé ahí el vicio capital del chino, que parece en esa abyecta y envilecida raza una necesidad imperiosa de su organismo relajado, que há menester de tan punzantes estímulos para soñar con todos los refinamientos de la molicie y con todas las abominaciones de Sodoma.

Es, en resumen, el chino, como elemento colonizador, inasimilable; como elemento social, germen de corrupción en las costumbres, pero imprescindible, doloroso es confesarlo, hasta que todos los filipinos imiten á los hijos del pueblo de Táal y algunos de Bisavas, que viven y prosperan sin el auxilio de extraños esfuerzos; como elemento político, un problema de difícil solución, y ¡quién sabe si un peligro cercano para España en sus valiosas y nunca bastante estimadas posesiones del Extremo Oriente!...





# EL INDIO




(Á mi hermano Adolfo.)

Como sé que alguna vez ha entrado en tus propósitos hacer un viajecito por Filipinas, me explico perfectamente tu curiosidad por conocer resabios, naturaleza, complexión psicológica y costumbres peculiares del indio filipino: lo que no se me alcanzan, querido Adolfo, son medios

y facultades suficientes para dar cima á este arduo cometido, en el que ya ilustres escritores, antiguos y modernos, fracasaron, después de haber consagrado al asunto largos años de estudio y de observación directa. La definición del indio, en realidad, continúa siendo para nosotros un jeroglífico punto menos que indescifrable.

Observador tan experimentado como el P. San Agustín, del siglo XVII, que había permanecido en aquellas Islas la friolera de cuarenta años, viéndose, como yo ahora, en trance tan duro y pecaminoso, decía: «Más facil me fuera á mi parecer definir el objeto formal de la Lógica, dar la quadratura del Circulo, y el lado matemático del dúplo del Cubo, y esfera, ó hallar regla fixa para mensura de los grados de longitud del globo de la tierra, que definir el Natural de los Indios, sus costumbres y resabios.»

No le faltaba razón al sabio religioso: si el conocimiento de los hombres se ha tenido siempre como empresa difícil, la definición de ese Proteo del género indio, mere-

ce, querido hermano, elevarse á la suprema categoría de los imposibles de Salomón. En vano la perspicaz inteligencia del europeo está siempre ante aquellas gentes como un signo interrogativo: la Naturaleza parece haber puesto en la faz angulosa del indio filipino el sello de lo impenetrable. Nada dicen aquellos ojos inmóviles y sombríos, verdaderos abismos eternamente cerrados á la investigación del psicólogo. ¡Qué puedo yo, humilde literatuelo de última fila, decirte que no sea una suposición más ó menos aproximada á la verdad sobre tan abstruso problema, origen de tan grandes fracasos y de tan doradas supercherías!...

Definiciones del indio, más ó menos ingeniosas, se han hecho varias y te las podría dar á conocer; pero ninguna acaba de satisfacerme, ya porque mis propias observaciones se hallan en desacuerdo con la opinión de algunos definidores, ya porque el juicio de éstos, por circunstancias especiales, responde, unas veces á determinismos sistemáticos, otras á decepciones sufridas

en presencia de hechos aislados que, en buena lógica, no pueden ni deben tener carácter de generalidad.

D. Vicente Barrantes, á quien, en justicia, hay que reconocerle indudable autoridad en la materia, hizo, en cuatro versos, la siguiente definición del indio filipino:

> «Siembra su arroz donde le da la gana;
> cuelga de un árbol, como el ave, el nido;
> engendra con su madre ó con su hermana,
> y muere sin saber cómo ha vivido.»

Claro es que esta ingeniosa definición del erudito autor del *Teatro tagalo,* por lo mismo que no se funda en las complejas é infinitas manifestaciones del modo de ser de aquella raza, sino en una de las fases de la vida del indio en estado semisalvaje, no *prende,* digámoslo así, en aquella muchedumbre, ni es reproducción plástica, en grandes síntesis, de la emoción sentida y de las observaciones hechas enfrente del cúmulo de contradicciones, rarezas, misterios y originalidades que ofrece á la crítica menuda, y aun al estudio de alto vuelo, aquel organismo social en desarrollo.

El mismo *Quioquiap*, ese maravilloso estilista, que ha pensado hondo, que ha vivido largo tiempo en Filipinas y que ha saboreado todas las impurezas de la realidad, al preguntarle yo su opinión acerca del asunto, me decía desdeñosamente, entre otras cosas que no me atrevo á consignar, que el indio es un «aprendiz de ser humano».

El criterio de Feced tiene, en este punto concreto, tan poco de definición como mucho de determinismo, en cierto modo justificado en un hombre de su temple, de su sensibilidad de artista y de su temperamento apasionado, que ha observado al indio bajo un solo aspecto y que sufrió mil reveses y desventuras en aquellos años de convivencia imposible con los malayos; época aciaga y calamitosa para el que, confesándose desertor de la humanidad de la historia y prófugo de la civilización, era, sin embargo, una fuerza positiva que se anulaba al agitarse en el vacío. Por eso, en las definiciones de *Quioquiap*, es necesario tener en cuenta que sólo tomaron

parte el ingenio del escritor y las amarguras á que vivió condenado el hombre.

Aunque también algo pesimistas, en general, las observaciones del P. San Agustín coinciden con las mías en muchos puntos fundamentales. Por eso ilustraré mi cometido con la transcripción de párrafos y frases que pintan, con admirable exactitud, los rasgos salientes y característicos de los naturales de aquel país, que tanto deseas conocer, y que tan varias materias ofrece, en la más pura virginidad, al estudio minucioso y á la observación inteligente.

En opinión de doctos facultativos, no hay organismo humano que obedezca, como el del indio, á la medicación, atribuyendo semejante docilidad de naturaleza á la falta de variación en los alimentos con que se nutre. El P. San Agustín, que, á pesar de sus talentos, no pudo sustraerse en absoluto á las preocupaciones de su época, tenía fe ciega en el influjo de los astros sobre la complexión fisiológica de la raza malaya, y echaba á la luna la enorme res-

ponsabilidad de que los filipinos le resultasen fríos y *húmedos,* «inconstantes, maliciosos, desconfiados, perezosos, tardos, amigos de andar por ríos, mares y lagunas, y ser afectos á la pesca».

El indio de hoy es, por lo visto, el indio de siempre en materia de ingratitudes. Por eso decía el distinguido escritor citado, que «lo mismo es hacer un beneficio á un indio, que prevenirse para recibir el golpe de su ingratitud, y si se les presta dinero, no lo pagan». Condición es esta última, querido Adolfo, en que el indio tiene muchos puntos de contacto con las viriles razas occidentales, en general muy versadas en las teorías del famoso Roquelaure, aquel bohemio, lleno de excentricidades, que no pagaba las cuentas viejas, y las nuevas... las dejaba envejecer.

«Es tal su pereza—dice el ilustrado Padre San Agustín, hablando de los indios,—que si abren la puerta nunca la cierran.» Y más adelante, al tratar de la poca ó ninguna urbanidad de sus hermanos en Jesucristo, añade: «...así es cosa rara que para hablar

con el P.ᵉ ó Español, se rascan primero en las orejas, y, si es mujer, en el muslo; pero los más políticos se rascan primero en la cabeza».

Como se ve, el docto religioso no era muy entusiasta de los indios, que, por desgracia, han tenido siempre más detractores que devotos.

Entre las buenas condiciones de los indios, descuella su costumbre de bañarse con frecuencia, cosa que el P. San Agustín atribuiría, probablemente, á influencias *extrañas*, á la de la luna, por ejemplo, y que otros filipinistas, aún más intransigentes, hacen depender, no de hábitos de limpieza, sino de la natural inclinación al placer á que las abluciones se prestan en países caldeados por el ardiente sol de los trópicos.

En este punto, ni afirmo ni niego: señalo únicamente en el indio un desmedido afán de permanecer en el agua todo el tiempo posible ó de refrescarse, á *tabo*, cuantas veces se lo permiten otras aficiones menos dignas de estimación y benevolencia.

Respecto á inteligencia y aptitudes generales del indio, ya es otra cosa: el mismo P. Delgado, que era un indiófilo entusiasta y convencido, habla de la *barbarie* de los primitivos habitadores, y aun de los *secundarios, llamados indios*... De la civilización filipina prehispana, sólo ha prevalecido el *barangay.* En todo lo demás, los indios, hoy civilizados, han seguido las huellas de los españoles como hijos más ó menos estudiosos y aprovechados.

En otras cosas hay que hacerles también justicia: son mañosos, pacienzudos y hábiles en grado tan superlativo, que, con frecuencia, superan, en sus maravillosas imitaciones, las bellezas ó las virtudes del original. Por eso los indios resultan excelentes pendolistas y delineantes, habilidosos tallistas y plateros... Pero se nos quedan atrás en todo lo que necesite el concurso de la fantasía, del buen gusto, del arte, de la inventiva y de la reflexión. Álava, ilustre general de Marina, dijo que los indios tenían todo el talento en las *manos:* es rigorosamente cierto. Por eso aprenden

con tal facilidad el manejo del violín, del arpa y de la vihuela; por eso realizan tales primores, teniendo á su disposición un mal *bolo,* una caña ó un trozo de asta de su animal favorito, el carabao.

También nos aventaja el indio en memoria: el que, como Rizal y otros filipinos estudiosos, se dedica á investigaciones históricas, es temible por su erudición y por lo admirablemente que precisa fechas y nombres... Pero, salvando honrosas excepciones, no les metamos en el laberinto de la disquisición especulativa, en que entra como factor importante el propio raciocinio... Entonces la echan á perder, vanse con facilidad por los cerros de Ubeda y no dan pie con bola, aunque no faltan algunos *pilósopos* que, metidos en trance tan difícil, suelen mostrar no comunes ingeniosidades... para aplicar el ascua á su sardina.

Pláceme, sin embargo, en los indios la docilidad y el respeto que, por lo común, conservan todavía para los europeos, antes sus tutores más ó menos benévolos y

hoy sus hermanos cariñosos. Si tus criados duermen, no les despiertes á gritos: es preferible que, una vez despejados, castigues su abandono con verdadera severidad; porque una voz enérgica, en aquella disposición, les hace muchísimo más daño que doce bejucazos en las nalgas.

No te sorprenda jamás ver á los cocheros en cuclillas sobre el pescante: esa postura, para nosotros violenta y á veces insoportable, es en ellos recurso natural y apetecido para el descanso de las más grandes fatigas.

No sé en qué se fundan algunos escritores para afirmar que á los indios hay que tratarlos *siempre* como *niños grandes:* en ocasiones es indudable que lo son y se les embauca fácilmente, sobre todo en aquello que halague su vanidad, porque los relumbrones ejercen en el indio una decisiva influencia. Pero, en general, el indio es más ladino, más desconfiado y menos fácil de engañar que los españoles: suele prestarse á todo género de componendas, á calumniosas denuncias y á falsos testi-

monios; realiza las más inconcebibles ligerezas y atrocidades (1); pero lo hace porque es naturalmente accesible al soborno, porque teme represalias de *castila* influyente ó rencores de convecino *pleitista*, nunca porque ignore las consecuencias que de su conducta pudieran derivarse. En cambio, tiene el indio una gran firmeza de carácter para sostenerse en la actitud que, de antemano, se propone: nuestros criminales más empedernidos, al verse acosados por hábiles interrogatorios ó rodeados de pruebas evidentes, suelen confesar el hecho punible que se les imputa: al indio que se encierra en la negativa brutal, no hay jueces, ni pruebas, ni torturas, ni poder humano que le hagan confesar su delito. Las más atroces condenas

(1) Las partidas de *tulisanes* (bandoleros), se forman allí con admirable facilidad: basta con que algún indio de mala inclinación se proclame cabecilla y solicite el concurso de unos cuantos vecinos; éstos siguen al *jefe*, muchas veces sin saber, en concreto, lo que van á hacer. Roban, asesinan, incendian un pueblo entero, y cuando caen en poder de la Guardia civil, y son interrogados por el juez, dicen, con la mayor naturalidad, que no tienen *culpa*, porque fueron *convidados*.

las soporta con un estoicismo envidiable: una vez convencidos de que van á morir á manos del verdugo, arrostran los tristes *preparativos,* y aun el mismo suplicio, con verdadera indiferencia. *¡Dios lo quiere!*—exclaman con resignación. Y no hay alteraciones sensibles en sus nervios, la pulsación es normal, el apetito no mengua y el ánimo no decae... Hé ahí el secreto de que en Filipinas no tenga atractivo alguno esa crónica patibularia, que tanto interesa y seduce á estos civilizados é impresionables hijos de la vetusta Europa.

Habrás oído hablar también del sensualismo y de la falta de honestidad de los indios: es cierto, y es lógico por añadidura. Retana, el distinguido anotador del *Estadismo* del P. Zúñiga, justifica el tan cacareado libertinaje de aquel pueblo indígena, «por lo caluroso del clima, por la calidad y forma de los trajes, tanto de *ellos* como de *ellas,* y por la ociosidad en que viven los más...»

Lo que sí pasa en autoridad de cosa juzgada, es la pereza y la holgazanería del

indio filipino: el *dolce far niente,* es, sin género alguno de duda, condición peculiarísima de los que viven sometidos á temperaturas elevadas. Nosotros mismos, cuando permanecemos en Filipinas algunos años, nos dejamos vencer de tal modo por la indolencia, que acabamos por no hacer nada, y por no escribir... ni siquiera á la familia. Hasta los animales son fatalmente víctimas de aquel medio enervador... Los perros, amodorrados en medio de las calzadas, se dejan atropellar por no molestarse huyendo del peligro... En este punto, los canes filipinos dan quince y raya á los de Constantinopla, tan maravillosamente descritos por Amicis en uno de sus mejores libros de viajes.

Y ¡cómo no ha de ser holgazán ese privilegiado rey de la selva filipina, teniendo en la mujer quien le lave la ropa, quien le *pile* el arroz, quien le prepare la comida, quien le siegue el *palay* y quien le ayude á mantener los vicios!... ¡Quién hace trabajar á un hombre que, con el modesto jornal de un solo día, puede vivir perfecta-

mente toda una semana?... Creémosle necesidades al indio, y entonces trabajará... Mientras tanto, dejémosle entregado á su bostezo indolente, á las peleas de sus gallos, al tradicional *panguingui*, al astringente *buyo* y al sabroso vinillo de la *nipa*...

Acúsase á los indios de aficionados á sostener contiendas judiciales: de fomentar esta perniciosa costumbre se encarga la nube de abogadillos y *pilósopos* malogrados que invade aquellos pueblos. En rigor, hay que confesar que los *plumarios* y *juzgadistas* van restando prosélitos de algún tiempo á esta parte. A medida que la ilustración se difunde entre los indios, desaparece ese *vicio* peculiar de Filipinas, origen de tantos desastres y de tan rápidos empobrecimientos.

Los sectarios del principio evolutivo de Darwin, y, sobre todo, los que aceptan las curiosas teorías de Hæckel, atribuyen á *resabio* heredado de los progenitores del indio, la costumbre, allí muy generalizada, de valerse de las extremidades inferiores para recoger objetos del suelo y para jugar

á la pelota (1). Esto, naturalmente, no pasa de ser una fantasía, que, sólo como curiosidad de carácter festivo, puedo yo incluir entre mis propias observaciones.

Después de lo ya apuntado, ¿qué añadiré como resumen de mis juicios sobre esta espinosa materia, en la que tanto dejo por decir en obsequio á la brevedad?... Que no creo, como Drasche, el ilustre autor de los *Estudios geológicos* de las Islas Filipinas, que los indios sean «máquinas de digerir morisqueta». Opino, por el contrario, que son una dócil masa de cera que, amalgamada con nuestros glóbulos rojos, acabará por convertirse en un organismo social fuerte, vigoroso y adecuado para la realización de los altos designios de la humanidad y de la historia.

(1) Yo he visto á los indios en una laguna coger peces con los dedos de los pies.



# LO GRANDE

## Y LO PEQUEÑO

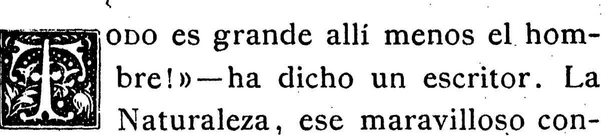


# LO GRANDE

## Y LO PEQUEÑO

---

**(Á mí cariñoso y buen amigo Trinidad Jurado.)**



TODO es grande allí menos el hombre!»—ha dicho un escritor. La Naturaleza, ese maravilloso conjunto de inimitables armonías, ha roto la unidad, ha faltado á sus leyes eternas, proclamando al indio rey y señor de la selva filipina, en que la pródiga mano de Dios

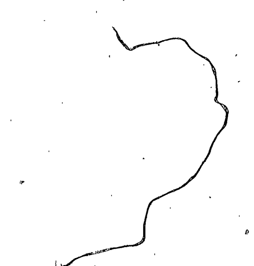
derramara todos los esplendores y magnificencias de la Creación.

Nada tan espléndidamente hermoso como el escenario en que se mueven las grotescas figurillas de este libro: teatro de tan colosales proporciones, requería seres dotados de fuerzas anímicas que simbolizaran toda la grandeza de aquel suelo feracísimo, en cuyo seno recóndito se agitan mil titanes; toda la luz esplendorosa de aquel sol tropical, padre de la Naturaleza animada, que hace cantar á las aves en los bosques, teje el suave organismo de las plantas, rompe el botón de la temprana rosa, y que, al fecundar los átomos, establece en la tierra la inmensa fraternidad de las cosas.

Filipinas debió ser el soñado paraíso de nuestros primeros padres. Aquel inmenso territorio, resquebrajado en mil pedazos por virtud de formidables explosiones geológicas, no tiene igual en el resto del planeta. Asombra tanta vegetación, tal potencia fecundante, aun en las mismas arenas en que la maravillosa flora filipina se nutre

y fermenta al beso de las amargas linfas del mar... Aquellos islotes de roca virgen, donde jamás entró la mano inteligente y regeneradora del agricultor, donde todo es obra espontánea de la Naturaleza, vistos desde lejos, semejan esmeraldas colosales... Para penetrar en sus bosques intrincados, hay que abrirse paso con el auxilio del machete. La India, con todas sus riquezas vegetales; América, con todo su rico y vario conjunto de especies, resultarían pálido reflejo de las manifestaciones infinitas, incomparables, que ofrece á la admiración del europeo la privilegiada y exuberante flora de aquella rica porción de la tierra española.

Después de haber admirado aquella vegetación esplendorosa que disputa su terreno al mar, cayendo sobre las rizadas olas en cascadas de verdura, la pintoresca campiña valenciana, los bosques de Asturias, las poéticas riberas del Betis y las frescas montañas del Cantábrico, parecen tristes y desnudos yermos, donde la Naturaleza mezquina abandonó á la cuidadosa



mano del hombre lo que en el privilegiado suelo filipino surge y se desarrolla espontáneamente con la gallardía y la grandeza del *fiat* creador...

Cuantos viajeros ilustres han visitado nuestras hermosas provincias oceánicas, consagran á su espléndida flora los más brillantes párrafos de sus libros. «¡Cuántas veces, dice el inglés Bowring, cruzando por entre la multitud de islas del Archipiélago, se presentaron ante mis ojos la sombra de Malthus y los terroríficos fantasmas de su filosofía! De esas risueñas comarcas bañadas por el mar, ¡cuántas hay que no ha hollado todavía el pie del activo europeo, cuán pocas han sido todavía bien exploradas y menos aún se hallan habitadas por razas conocedoras del poder creador del trabajo!

»Y, sin embargo, ahí están cubiertas de espléndida vegetación, encerrando en su seno tesoros de minerales y una gigantesca fuerza productiva en su superficie; ofreciendo la variedad de climas inherentes á las planicies y las montañas, regadas por

fecundantes lluvias, iluminadas por el hermoso sol de los trópicos que madura los frutos, surcadas por ríos y canales naturales para su conducción, con puertos para los buques; ofreciendo, en fin, alicientes para todas las empresas industriales, y sin más población que cinco ó seis millones de habitantes, cuando puede sustentar diez veces más, sin perjuicio de ofrecer al mundo sobrantes sin medida de sus frutos.»

La misma literatura burocrática, tan rutinaria y pedestre de suyo por las áridas materias que de ordinario examina, resulta *colorista* al describir las maravillas de aquella vegetación asombrosa. Hé aquí unos párrafos de la *Memoria* oficial que la Inspección de Montes presentó en la Exposición de Filadelfia:

«Excede á todo encomio la riqueza y variedad de la vegetación filipina. Siendo relativamente muy pequeña la parte del suelo reducida á cultivo, cubren todavía, aun en Luzón, gran parte del interior y de la contracosta, inmensos bosques cuyo suelo asombra por las gigantescas proporciones

de los árboles que lo constituyen y por la diversidad de las especies botánicas de que se componen. Cuando se penetra por primera vez en uno de estos bosques, el ánimo se suspende ante el espectáculo de esos gigantes vegetales de dos y tres metros de diámetro, cuyas cimas se pierden en el espacio, formando una inmensa bóveda de verdura.

»El suelo, dotado de una fertilidad asombrosa, hace brotar las plantas por doquiera, y con tal abundancia, que sólo con el auxilio del hacha es posible á veces abrir paso por entre ellas. Recubiertos los troncos de innumerables parásitos, se ocultan bajo su verde vestidura, y las colosales lianas que trepan por ellos, los enlazan entre sí, formando vistosas guirnaldas, por las cuales saltan y corren, con pasmosa agilidad, ejércitos enteros de monos.»

La maravillosa exuberancia de los bosques filipinos corre parejas con otras manifestaciones de aquella Naturaleza indomable, en que todo es soberanamente grandioso: aquel suelo fértil, eternamente

abrumado de electricidad, redobla la fuerza expansiva del fluido atmosférico, atrae



el furor de aquellos obscuros nubarrones, en que fulgura el relámpago y estalla el trueno con aterrador estrépito, sin que

entre aquella mísera humanidad de la selva surja un Franklin que, buscando ese misterioso fluido en el mismo seno de las nubes tempestuosas, detenga el rayo y esterilice sus destructoras energías con el auxilio de puntiagudo metal.

Nada tan imponente como una tempestad en aquel rincón del planeta. El dios de la destrucción y de la muerte se desencadena allí con furia inusitada; ciérnense apiñados y negros nubarrones sobre la agreste cima de las altas montañas, descienden hasta la superficie del suelo, cubierto de espesa vegetación, y se desatan en inmensa catarata, vomitando por doquiera mortíferas exhalaciones. Nuevas nubes se forman en todos los puntos del lejano horizonte, avanzan rápidamente sobre el cenit, se amontonan, y al estrujarse entre sí, estallan en los hondos abismos del espacio, deshaciéndose en fugaces llamaradas... Negras sombras empañan el azulado firmamento; arrecia el abundante aguacero, que convierte en lagos las verdes praderas, en agitados mares los ria-

chuelos tranquilos, y las míseras viviendas de nipa en duchas colosales, donde los indios se bañan á su placer en algazara ruidosa, y donde el europeo enfunda su combatida humanidad en ampuloso y salvador impermeable.

Y así, entre lluvias incesantes y truenos fragorosos, pasan días y días sin que el sol asome un instante su disco luminoso por ningún resquicio de la bóveda celeste... La temporada de aguas suele durar tres meses, y se despide, casi siempre, con uno de esos furiosos vendavales que arrasan y destruyen cuanto á su paso encuentran.

¡El baguio!... Hé ahí el temido meteoro que siembra el espanto aun entre los espíritus más animosos. Suele presentarse en la época del cambio de estaciones; las poderosas masas aéreas, cargadas de electricidad, reunen entonces todas sus fuerzas, para llevar á cabo de un golpe su obra de exterminio y devastación. Antes de desencadenarse el furioso vendaval, la Naturaleza, aletargada y melancólica, parece pre-

sentir el desastre. El cielo, despejado; el aire, cálido y sofocante, preceden á la formación del destructor meteoro; un espeso y negruzco nubarrón empaña las brumosas lejanías del horizonte; el barómetro inicia rápida depresión en su columnilla de mercurio; las aves, en su instintiva previsión, se alejan del peligro con toda la fuerza de sus alas; el cielo va cubriéndose poco á poco de una masa obscura, que semeja un sangriento sudario, un velo tenebroso: es el *baguio* que avanza con rapidez vertiginosa y toma posesión de sus extensos dominios, retorciéndose en espirales inmensas...

Las ráfagas cruzan, rugiendo como fieras, en espantoso remolino; llegan por todas partes rumores de destrucción; vense edificios que caen arrancados de sus cimientos; ramas desgajadas entre chasquidos estridentes, y árboles que se derrumban, removiendo la tierra con sus raíces; sembrados inmensos que se doblegan, como si no formaran más que una sola masa; ríos que, empujados por la ventisca,

refluyen hacia su origen; planchas de cinc, desprendidas de las techumbres, hendiendo los aires como frágiles hojas de almendro; todo un tropel de objetos destrozados, que se convierten en formidables arietes contra la mísera choza y el destartalado *bahay* del indio filipino... En tanto, el cielo se desborda en torrentes de agua; la acción de la electricidad se combina con la violencia del furioso vendaval; los relámpagos, en continuado y vívido fulgor, semejan cascadas de fuego, deshaciéndose en chispas eléctricas y llevando por doquiera la desolación y la ruina...

La tempestad se aleja, al fin, con estruendoso bramido, ávida de nueva presa; el sol rasga tímidamente las nubes, dejando ver su rostro amarillento sobre las cumbres de las vecinas montañas; despéjase el horizonte, y la poco antes risueña y alegre campiña, parece un inmenso estanque, en que flotan los restos del estrago que pasó... y que no tarda en reproducirse en nuevas manifestaciones de aquella Naturaleza indómita y salvaje.

El *baguio,* con todo su incontrastable poder, con toda su fuerza destructora, es menos imponente, menos temible que aquellos frecuentes fenómenos geológicos, que convierten el vasto territorio filipino en frágil barquichuelo, entregado á las sacudidas del mar tempestuoso; mil titanes, ocultos en las ígneas entrañas de aquel suelo feraz, retuercen con furia sus músculos de hierro. La tierra, presa de horribles convulsiones, pierde el equilibrio, se tambalea, se agita en movimiento vertiginoso, sacude como leve pluma su pesada mole, ábrese en grietas colosales, que vomitan volcánicos fragmentos, conviértense los edificios en montones de escombros, y todo parece como que va á sepultarse para siempre en los abismos de la nada...

¡Tal es la venturosa tierra filipina, y tal aquella Naturaleza bravía, gigantesca, brutal, en eterno contraste con la mezquina pequeñez del hombre!...



# *APÉNDICE*

# APÉNDICE

Lista alfabética de voces filipinas ó hispano-filipinas que necesitan alguna explicación.

¡ABÁ!—Exclamación de extrañeza.

BABAE, por BABAYE.—Hembra. En general, *mujer*.

BAGO, por BAGONG.—Nuevo. De aquí llamar *bagos* á los recién llegados: *nuevo en país*.

BAHAY ó BAJAY (porque la *h* tagala es siempre aspirada).—Casa. Los españoles designan, por lo común, con esta palabra las que ocupan los indios pobres.

BAILUJAN ó BAILUHAN.—La palabra *baile*, tagalizada.

BARANGAY.—Agrupación de familias indígenas con un jefe común, al que llaman CABESANG (cabeza). Por extensión, á todas las personas de una casa: así, *viajar*

*con el barangay* equivale á *viajar con toda la familia.*

Bata.—Joven, más bien niño. Por extensión llámase batas á los criados, si éstos no han llegado á la edad madura.

Bibinca, por bibingca.—Masa hecha con harina de arroz, azúcar y algo de huevo.

Bolo.—Machete pequeño. Es inseparable del indio.

Bulí, por bulac (el gallo).—Colorado.

Buyo.—Es un compuesto de bonga, hoja de betel y algo de cal de conchas: los indios úsanlo con más ó menos frecuencia á modo de masticatorio, al que conceden virtudes medicinales. Enrojece mucho la saliva, y ésta es la causa principal de que á los españoles nos repugne un tanto.

Capitán Quicoy.—*Capitán Francisco.*—Capitán es sinónimo de *gobernadorcillo* ó alcalde de indios.

Carromata.—Vehículo ligerísimo, de dos ruedas, del que, por regla general, tira un caballo únicamente.

Castila.—Español. En general, europeo ó filipino de raza blanca.—*Hablar* castila = hablar castellano.

Catapusan.—Su verdadero significado,

*fin.*—Empléase también como sinónimo de *banquete*, en razón al que celebran los indios á la conclusión ó final de un novenario en honra de algún recién fallecido.

¿COSA?—Equivale á *¿qué hay?*, *¡cómo?*—con extrañeza ó curiosidad.

¿COSA *dice este opicio?*—¿Qué dice este *oficio?*—Los indios truecan con frecuencia la *p* en *f*, y viceversa.

DALAGA.—Mujer joven, doncella.

FIESTAJAN ó FIESTAHAN.—La palabra *fiesta* tagalizada.

FILIPÓN.—Europeo de larga residencia en el país. También se le llama *camagón*, y si está algo indianizado, *aplatanado*.

GAPANG.—Queda explicada en la primera nota de la pág. 166.

GULAY.—Verduras varias, guisadas.

LALAQUE.—Varón. Hombre.

LANCAPE, por LANGCAP.—Especie de banco espacioso, hecho de cañas, sobre el cual suelen tumbarse los indios.

MATA-MATA (Hacer el).—Limpiar uno la cabeza á otro, sin más elementos que los dedos de las manos.

MATANDÁ.—Viejo, vieja.

MARIDABLES.—Esposos.

MEDIQUILLO. — Indígena que, conociendo las virtudes de algunas plantas, se concede y le conceden sus amigos aptitud suficiente para curar enfermos.

MORISQUETA. — Arroz cocido en agua sin sal ni ninguna otra cosa. En tagalo, *cáning*.

MORO-MORO.—Baile indígena, de carácter primitivo.

NIPA.— Palma de cuyas hojas hacen los indios las techumbres de sus casas.

PALAY.—Arroz con cáscara, ó sea sin *pilar*.

PANGUINGUI. — Juego de cartas : juégase con seis, ocho ó más barajas, según el número de jugadores. Consiste en una serie de combinaciones muy ingeniosas, no fáciles de explicar en pocos renglones (1).

PILAR, — PILAR ARROZ. — Macerarlo para quitarle la cáscara.

PILÓSOPOS.—Ya hemos dicho que la *p* y la *f* la truecan los indios frecuentemente. Con el vocablo *pilósopo* suele denominarse á los que, pretendiendo pasar plaza

(1) Mi querido amigo el Sr. Retana describe minuciosamente este juego en su estudio etnográfico *El Indio batangueño:* no conozco ninguna otra explicación circunstanciada, fuera de esta que acabo de citar.

de leídos, son, en efecto, superiores en instrucción á la masa común de los indios, pero lo suficientemente ignorantes para que se les califique con tan irónica frase.

PLUMARIO.—Amanuense.

REPÚBLICA (Vivir en).—Los que viven en una misma casa, sin patrón común, pero con gastos comunes, tales como alquiler del edificio, comida, etc.

SALACOT.—Sombrero, por lo común en forma de capacete.

SARI-SARI.—Comistrajo sínico.

SOLTADA. (En el juego de gallos).—Acto de dejar en libertad el gallo para que pelee.

SOLTADORES.—Los encargados de *soltar* el gallo. Es oficio que no todos saben hacer, pues de la manera de *soltarlo* depende muchas veces el éxito de la lucha.

TABO.—La mitad de un coco, descarnado, que, provista de un mango, hace las veces de tanque.

TALÍSAY (el gallo).—De color verdoso obscuro.—Bot. Árbol corpulento.

TANCALERO.—Vendedor ambulante.

TAO.—Hombre.

TIENDAHAN Ó TIENDAJAN.—La palabra tien

da tagalizada. Llámase así á las tiendecillas de los indios.

TINJOY.—Candil de barro.

TÚ CUIDADO.—«La palabra CUIDADO *(bahala* en tagalo) es allá *conjugable* de una manera muy singular: *Yo cuidado, tú cuidado, él cuidado; nosotros cuidado, vos otros cuidado, ellos cuidado*. Toda la *filosofía* que encierran estos filipinismos, no cabe en los límites de una nota, ni en los de un folleto. Los españoles declaran que es tanta la expresividad de esas frases, que no hallan otras análogas en ninguna lengua. Cuatro ejemplos al volar de la pluma servirán para dar una idea de esa *filosofía* á que me refiero. En una redacción; el director:—¿Quién se encarga de la reseña de tal cosa?—*Yo cuidado,* dice uno; pues ya no hay que hablar más: el que dijo *yo cuidado!* se compromete solemnemente á hacer el trabajo: ¡imposible que falte! A tanto obliga la frase.—Sabe un papá que su hija tiende á ser de la cáscara amarga; la mayor amenaza del padre, es ésta:—*¡Tú cuidado, ah?*—Como quien dice: *¡Ojo!,* porque si te deslizas, entonces... *yo cuidado!* Se murmura con interés de un ausente:—¡Ese hombre! ¡en qué enredo se ha metido!...

Pero tú que eres su amigo, ¿por qué no le aconsejas?—¿Yo?... *¡Él cuidado!...*— Las frases *yo cuidado, tú cuidado,* etc., equivalen, pues, á promesa cuyo cumplimiento se asegura, á advertencia cariñosa, ó enérgica, ó reprensiva, etc., etc.; expresión de indiferencia; recomendación, como cuando se le dice al criado: *¡tú cuidado con la casa, ah?* Y equivale á porción de cosas más, que no es posible indicar aquí, por la mucha extensión que ocuparían.»— Esto ha escrito un autor amigo nuestro.

VERSEADO.—Composición poética.

ZACATERO.—El que lleva el *zacate* á las casas.—*Zacate:* hierba que sirve de pasto á los caballos.

# ÍNDICE